

Relatos de impunidad

LORENA AMKIE

© **Lorena Amkie**
Marzo 2015

Esta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl
y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diagramación: Daniela Campero.

ÍNDICE

MIS PÁJAROS.....	5
SERGIO AMADEO	43
NOTAS DE PRENSA	81
CINCO MODELOS PARA NUEVE ARTISTAS.....	85
MUCHACHA DE CONFIANZA.....	91

MIS PÁJAROS

Los doctores dijeron que fue la adrenalina. Que fue la violencia de toda la situación la que despertó ese demonio dentro de mí. Y sí, usaron la palabra “demonio”. Porque un hombre que se defiende es un chingonazo; una mujer es un demonio o, más bien, es poseída por un demonio: las mujeres siempre tenemos que ser poseídas por algo. Haya sido lo que haya sido, yo soy la primera mujer que después de tres meses de estar secuestrada, asesinó con sus propias manos a uno de sus secuestradores antes de escapar por una ventana. ¿Me arrepiento? No. ¿Por qué diablos me arrepentiría? “Porque matar a alguien te cambia la vida. No hay vuelta atrás”. ¿Vuelta atrás? No hubo vuelta atrás desde que me arrastraron fuera de mi cochecito (que no era la gran cosa, ni crean), me metieron la cabeza en una bolsa y me ataron las muñecas con un alambre. Los sicólogos quieren oír que me arrepiento, que sueño, como Lady Macbeth, con la indeleble sangre en mis manos y la verdad es que sí sueño con eso, todas las noches, pero no es una pesadilla: ese recuerdo es lo único que me ha mantenido viva estos meses, porque no fueron ni los calmantes, ni el volver a mi casa, “a su ambiente familiar”, ni el “amor incondicional de sus padres”. Porque, aunque a todos les cueste oírlo, nunca me había sentido mejor que cuando enredé ese alambre

alrededor del cuello de ese tipo. Nadie quiere oírlo. Y como nadie quiere oírlo, he decidido dejar de hablar.

*

Dejen de frotarse las manitas como moscas: no voy contarles detalles que alimenten su morbo. Los conté demasiadas veces y pronto descubrí que a la gente le gustaba escucharlos. Pero hasta ahí. “La repetición es parte de la curación. Miranda está elaborando lo que le ha sucedido”. Que vuelva a hablar de las manos sudorosas que recorrieron su piel, que nos cuente de nuevo sus dolores, sus gritos, su terror y su soledad. Pero ¿hablar de un asesinato? Eso es de sicópatas. Los medios me buscaron y yo creí que ellos escucharían pero ¡oh, sorpresa!, resultó que mi historia incitaba a la violencia y la censuraron. ¡Incitaba a la violencia! La violencia no necesita ser incitada, no es una bestia dormida alrededor de la cual debemos caminar de puntitas para que no se despierte. Es un estado, es una época. Es todas las épocas. “La venganza no es lo que va a sanarte. No llenará el hueco”. ¿Que no? La gente no sabe nada. ¿Quieren saber algo? Mi primer asesinato es el cuento de hadas que me narro antes de ir a dormir, alrededor de una fogata y con una taza de chocolate caliente entre las manos.

*

La sociedad habría preferido que me dejara rescatar. Así, habría sido una damisela con todas las de la ley, una damisela rescatada de las garras del dragón. Los secuestradores también lo habrían preferido, claro. Porque entonces el sistema seguiría funcionando, y todos confían en El Sistema. Yo desgracié todo, demostré que la violencia me había

violentado y que era igual de mala que ellos. Sí, algún genial intelectual escribió eso: "Si todos tomamos la justicia en nuestras propias manos, ¿a dónde vamos a llegar?". ¿Pues a dónde quieres llegar, imbécil? Porque yo no quería llegar a ese sótano de mierda, eso es seguro. Yo quería llegar a mi casa después de la universidad, eso era todo. Pero llegué ahí. Ya ESTOY AHÍ, ahí adonde todos temen que vamos a llegar. Me aventaron AHÍ como si fuera una bala de cañón. ¿Y les sorprende que estalle? Mi pólvora estaba dormida y la patearon hasta que despertó. Estoy bien, bien despierta. Como todos, vivía con miedo. Ésta es la Era del Miedo. Y dicen que la experiencia me pervirtió, me manchó. Que si tuviera mejores recursos, habría podido convertir mi tragedia en una historia conmovedora, que cambiara miles de vidas... Ni que estuviéramos en Estados Unidos. Ahí, el Sistema me habría exigido escribir un libro de autoayuda y luego decir que "perdono con todo mi corazón a mis secuestradores". Que encontré a Jesús y me salvó la vida y ahora me dedico a rehabilitar violadores; les ayudo a encontrar el punto G para que hagan el bien. La violencia... A veces, la única cura para ella es más violencia.

*

Ese día Julián y yo habíamos terminado. Otra vez. Lo había encontrado con la puta de Leonora sentada en sus piernas, en la fuente. Ah, la fuente. Los fresas, bohemios, pseudo intelectuales de la fuente. Cohabitan ahí la de la faldita y las botitas, el apestoso de pelo largo y bolsa de manta que quisiera tener más problemas en la vida, estudiar en la UNAM y sufrir por "el horror, el horror" de la Humanidad para sentirse

más vivo, más cerca del lumpen, de los problemas sociales. Ja, ja. En vez de eso, sale en su Volvo, no el más lujoso, claro, un Volvito modesto y lindo de color azul metálico, y se va rápido para que nadie lo vea y sepa que tiene la maldición de una familia de lana... Lleva una estampita rebeldona en la defensa trasera y, claro, la estampita de Mac. Todos ellos quieren matar.

Ese día Julián y yo habíamos terminado. Otra vez. Ya sé que esto suena a *déjà vu*, pero lo era cada par de meses, cuando la pasión rebotaba contra los celos, contra los cuestionamientos de si la fidelidad y la liberalidad son compatibles, contra las miradas de aquel grupo de amigos tan asfixiante y destructivo y adictivo. Ya no puedo más, me haces sufrir, me duele el alma. No digas eso, por favor no digas eso, sólo hay que relajarnos un poco, mira, mírame a los ojos. No puedo, no puedo más, no duermo, no puedo respirar, por favor. Pero es que te amo. Yo también te amo, ésa no es la cuestión. Esa es la única cuestión. En fin... diálogos de película. Diálogos adolescentes, tormentosos y apasionados. Todo ese sufrimiento, todo ese purísimo dolor, tan puro, tan hermosamente inocente en comparación al sufrimiento realísimo del confinamiento, de la amenaza real de muerte. Porque sí, cuando te separas de ese primer amor, aunque sea por décima vez, sientes que te mueres. Sientes que tu corazón va caminando por un delgadísimo alambre de circo y sabes que abajo no hay red. Sientes que eres un pez, que el anzuelo te ha atrapado, que alguien estirará más y más y un trozo de ti saldrá volando por los aires para alimentar a las pirañas de allá abajo. Pero encerrada en un cuarto, con la ropa despedazada, el cuerpo pegajo-

so, la boca muda, mudísima, y los ojos cerrados a fuerza de horror y vendajes ásperos y apretados... eso es el miedo. Eso es sentir que te vas a morir, de veras. Y no quieres que llegue el punto en que desees que eso pase. No puedes dejar que la esperanza te abandone como una rata asustada. Tienes que atrapar a la rata, aferrarle entre tus dedos, acariciarla con mucho amor hasta que te agarre cariño y se quede ahí y no te muerda con sus colmillos llenos de rabia antes de adelgazarse lo suficiente para escapar por debajo de la puerta.

Julián se aferraba a mis pies como yo, días después, me aferraba a esa rata-esperanza, en mi encierro. Julián lloraba sobre mis botas de moda, porque hasta para cortar yo mantenía el estilo, y estábamos sobre el pasto y todavía no era hora de clase. Los dos llorábamos porque era una desgracia, sí que era una desgracia amar tanto y dejar de amarse y querer amarse y no saber nada de nada. Las últimas palabras fueron dichas, de nuevo, y de nuevo uno de los dos se fue caminando para dejarle al otro la escena agonizante de la partida en la memoria. Él fue el que partió aquella vez, lo recuerdo perfectamente porque aun siendo una memoria tan triste, la evocaba todo el tiempo, como evocaba cualquier memoria en la que hubiera caras, colores, aire y amor, aunque fuera el final del amor. Mi vida se acababa, lloraba para mis adentros, y al final decidí levantarme, no faltar a mi clase de filosofía. ¿Por qué? No era un deseo inconsciente ni consciente de encontrarle una explicación, un sentido al tormento del fin del amor. ¿Por qué ir a mi clase de filosofía? También me pregunté eso muchas veces, la pregunta me obsesionó por completo, porque uno

se aferra a lo más absurdo que tiene a su alcance para poder darle vueltas eternamente sin que el tema se agote. Era la pregunta más estúpida, y muchas veces creí que moriría con ese signo de interrogación en los labios sangrantes. Y me parecía bien. ¿Qué otra cosa podía analizar? ¿El sentido de mi vida? ¿El precio de mi rescate? ¿El momento de mi muerte, lo que había legado a la Humanidad, lo que pasaría con mis padres? No, mejor me pregunté mil veces por qué después de cortar con Julián me levanté, caminé hasta el baño, me lavé la cara y me presenté ante esa maestra de filosofía 20 minutos tarde. Era mi carácter dramático; hoy es muy fácil responder. Quería que todos me vieran, todos los que seguían tan de cerca la telenovela de nuestro noviazgo, y sospecharan que algo había sucedido. Y antes de llegar a mi salón, me topé con un conocido, amigo de un primo. Al verme desvanecida en llanto me preguntó si estaba bien, le dije que no, preguntó si había algo que pudiera hacer, y le pedí un abrazo. El abrazo más triste de mi vida. Pinche vieja rara, debe haber pensado. Acabó la estúpida clase, me fui a mi coche, arrastrando cada uno de mis 40 kilos, y ahí lloré un poco más. Un mucho más. Comenzó a atardecer. El estacionamiento se vació, poco a poco, y el cielo dejó atrás sus tonos dramáticos para oscurecerse y ya. No podía quedarme mucho tiempo ahí; los estacionamientos vacíos siempre me han puesto los pelos de punta. Así que prendí el coche sin dejar de sollozar: seguía rindiéndole tributo al dios del amor. Prendí las luces, apagué el radio y me fui. Adiós estacionamiento vacío y oscuro. Hola ciudad, zona de oficinas, tránsito.

Todas las luces amarillas eran como soles con rayos tétricos y vaporosos a través de mis lágrimas. Las luces rojas

eran... no sé, algo poético, un corazón sangrante o algo así. Las verdes no eran nada, con las verdes sólo seguía adelante, se me quitaba el miedo que me da pararme en un semáforo en la noche, y seguía llorando. Paso cerrado por obras. Claro. Siempre hay algún paso cerrado por obras, y siempre uno siente que se lo cerraron a uno, a propósito, por chingar. Igual que al formarse en una cola del súper uno piensa que ha elegido la más lenta de todas, como si el Universo entero conspirara en nuestra contra: nos toca siempre el peor pedazo de pastel, el carril más lento, la mamá más sicótica, el secuestro menos buena onda. Nadie jamás ha dicho la frase "a mí me atraen los mártires". O "quéjate y triunfarás". Yo por eso ya no me quejo y soy parte de la solución. Cómo hablo de mí, ¿no? Una egocéntrica total. Luego llegará el momento de todos somos Rusia, todos somos la solución, "todos somos 132", Charlie Hebdo, o alguna otra mamada. Yo iba manejando, camino cerrado, mal presentimiento. Pero no había posibilidad de un buen presentimiento luego de dejar ir al amor de tu vida para luego tomar una clase mediocre de filosofía. Así que no escuché a mi instinto. Nunca lo había escuchado, creo. El instinto de supervivencia: siempre murmura pero a veces grita, y cuando grita lo escuchas. Esa noche sólo susurró y su voz se perdió entre tantas voces dentro de mi cabeza, letras de canciones, citas pertinentes, declaraciones de amor, disculpas, ruegos, despedidas... "Este camino pinta mal" no se ganó su lugar dentro de ese escándalo, y tomé el desvío. Es una zona residencial de todas maneras, y muy cara. Aquí no pasan cosas malas.

En la esquina de mi casa, tiempo atrás, habían puesto una enorme manta que decía "Precaución: Zona de se-

cuestros *Express*". Precaución. ¿Cómo podía prevenirme? Era la mejor ruta para llegar a mi casa, pasaba al menos una vez al día por ahí. Si hay una manta, ¿por qué no hay una patrulla? Ja, ja. Hasta tierna, sueño. Una patrulla no. Mejor un sicario, un francotirador. Pero gracias por la advertencia: si pasa algo, no podré negar que fui advertida. Meses después alguien retiró la manta y yo dejé de tener miedo al pasar por esa cuadra. Increíble, ¿no? Lo que llaman el estúpido poder de la mente humana. Lo mío no fue poder, fue discapacidad. Fui advertida y no hice caso. Maldita manta estúpida. Malditos colonos que votaron por la belleza de la colonia, de la bella colonia residencial en la que tampoco pasa nada, y mandaron quitar la manta.

El desvío estuvo bien. Sólo di un pequeño rodeo y pronto estuve cerca de mi casa, tan cerca que ya me veía rehuéndole a mis papás, encerrada en mi cuarto, tirada en el suelo escuchando Radiohead, como era necesario, y huyendo al baño para vomitar, que no era necesario pero sí oportuno, bueno para seguir enflacando y llegar a esa imagen ideal de la modelo heroinómana, esposa de cantante suicida que siempre se ve jodida, con el bilé rojo corrido y el pelo escurrido, babeado y pegado a la frente. Pero me tocó el peor pedazo del pastel, la cola del súper que no avanza, la lección que nadie tiene por qué aprender, porque el karma es una mamada y la justicia un deseo siempre insatisfecho. Mi estúpida tía esotérica, que es tan pseudo-clarividente como yo era pseudo-intelectual, habría dicho que en mi vida pasada fui una violadora y que me lo merecía. Los chauvinistas mexicanos habrían insistido en que fue culpa del largo de mi falda, aunque traía pantalón, que los piropos son un elo-

gio y los escotes una invitación. Y yo me lleno los oídos de chapopote, porque me revienta que me digan “aguas” ya que me estrellé contra una columna. Idiotas. Opino que yo fui la gota de un vaso retacado, uno de esos vasos de Coca Cola que te regalaron hace 15 años a cambio de unas corcholatas y ya están despintado pero nadie se atreve a tirar, un pinche vaso que ya sabe a lo que has estado tomando, en el que el agua transparente es amarillenta, el café es tóxico y los jugos dejan un saborcito a... a mugre, llanamente. Yo soy la gota que se derramó de ese vaso, se escurrió por la barbilla del pobre idiota que chupaba, y se arrastró por el piso para juntarse con otras gotitas y formar charcos furiosos en los que resbalarán quienes lo merecen, tarde o temprano, para romperse la frente contra el escritorio oxidado de algún burócrata apestoso.

Mis ojos hinchados buscaron instintivamente la manta de Zona de Secuestro *Express* y al no encontrarla ingresé en la cuadra, una cuadrilla corta, oscura y sin ladridos de perros. Unas luces aparecieron en mi retrovisor. Aceleré. Una camioneta me cerró el paso. *Finito*. No hay nada que hacer. ¿Qué se debe hacer? Como en los temblores, cada quién dice otra cosa: tocar el claxon, no resistirse, resistir con todas tus fuerzas, defenderte, salir corriendo, ofrecer tu coche y tu dinero, cooperar y no ponerlos nerviosos. Si son profesionales no tienes de qué preocuparte: lo que quieren es el dinero, no matarte. Ja. Pero quieren todo. Quieren el dinero, quieren la sangre, quieren la carne. Y matarte. No lo dudes. Todos quieren matarte, y tú a ellos. Cuando era niña, me decía que quería estar del lado de los malos para no tener que temerles. Bendita ingenuidad. En algunos paí-

ses me seguirían considerando niña, pero ahora mi alma es vieja. Es más, me cambiaron el alma, trituraron la mía con un pisapapeles y me pusieron otra usada y medio podrida. ¿Eran profesionales? Qué importa. Hicieron lo que tenían que hacer, mientras yo no hacía lo que debí hacer... salir corriendo a toda velocidad. Tocar el claxon. Gritar por la ventana. Estrellarme contra la camioneta para hacer ruido. No hice nada: la pasividad mató al gato. Tenían las caras cubiertas como en la peor pesadilla y pronto mi cara desapareció también dentro de una bolsa negra. Mi vida anterior se quedó ahí dentro, mi inocencia, mis preocupaciones adolescentes y toda posibilidad de felicidad... mas no de satisfacción.

¿Qué piensas en esos momentos? Ah, una pregunta tan tediosa como ¿qué es "rosebud" en *El Ciudadano Kane* o qué hay dentro del maletín de *Pulp Fiction*. ¿Qué pensaba? "Putra madre, puta madre, puta madre". Y también pensaba "lo sabía". El terror había hecho que esperara un asalto, un balazo, una cuchillada en cada esquina, por años. Al fin llegó, pensaba. Después de sobrevivir esto, ya no tendré que tener miedo nunca más. De nuevo, la ingenuidad... como si ya hubiera pagado mi cuota. E ingenua también al dar por hecho que sobreviviría, pues no fue así: yo, completa, no sobreviví. Mientras se acercaban no pensé en mis papás, en Julián, en el dinero, en nada. Puta madre, puta madre, puta madre. Garganta soldada, piernas cercenadas, sudor frío. Y la inconciencia.

*

En las películas la gente se despierta cuando ya está amarrada a una cama. Y así lo narran: "Abrí los ojos y encontré mis

muñecas atadas...". Yo desperté cuando todavía estaba en camino. No voy a decir que intenté orientarme bla, bla, bla, porque no sé orientarme ni cuando estoy bien despierta, a las doce del día y con un mapa en la mano. Tampoco "desperté como de una pesadilla", como mucha gente escribe. Yo desperté como alguien que no puede seguir inconsciente porque le falta el aire y sólo bien despierto puede coordinarse para respirar mejor. Algo así. El coche seguía moviéndose, los tipos no hablaban entre sí ni oían música; se me ocurrió que iban sentaditos, derechitos, pensando en sus anhelos personales con los cinturones de seguridad puestos y viendo el camino como cualquier grupo de gente que acaba de desatar una cadena de eventos irreversible.

Tuve ganas de decir algo y estuve pensándolo unos minutos mientras me empapaba de sudor y seguía repitiéndome puta madre, puta madre, puta madre. ¿Qué debía decirles? "No hagan esto". "Suéltenme y ahí muere". "¿Qué no saben quién es mi papá?". "¿A dónde me llevan?". Logré mantener la claridad de mente un ratito, luego las frases se batieron y ya ni recordaba por qué había comenzado a formularlas. El camino era largo, o estábamos dando vueltas. Pensé que sería precioso que acabáramos en la esquina de mi casa. Ya habíamos oído que había casas de secuestro por ahí, en nuestra propia calle. "Casas de secuestro". Suena a eufemismo, como "casas de citas". Parpadeé dentro de mi bolsa y sentí que el sudor me pegaba las pestañas. Habla, di algo, establece contacto. Ni siquiera tenía fuerzas para carraspear, para toser o llorar. De pronto pensé en mi coche, en que estaría estorbando a la mitad de la calle. El tráfico matinal iba a estar enfurecido contra mi pobre cochecito, le

mentarían la madre, gritarían buscando a su dueño y, al no ver la manta de Zona de Secuestros *Express*, no sospecharían lo que me había pasado hasta después, hasta que a alguien se le ocurriera revisar el interior del auto y hallara mi cartera, mi celular, mi triste mochila con libros. ¿Por qué triste? Porque todos mis objetos estarían tristes, sobre todo mi coche, incapaz de explicarle a los cláxones de sus congéneres que ahí había pasado algo muy malo, que él no tenía la intención de molestar a nadie y que estaba dispuesto a moverse si tan solo alguien, un buen samaritano, pisaba el acelerador... Cientos de estudiantes camino a sus universidades se encajonarían por llegar tarde, dirían cosas como: “Es que no es posible, se pasan”, o “¿Qué hijo de puta deja su coche así, a la mitad de la calle?”. Hasta que el conocimiento los hiciera arrepentirse. Ojalá que se enteren pronto de que es el coche de una pobre chica que ahora tiene una bolsa en la cabeza, que nunca quiso dejarlo estacionado ahí, que el coche sufre por la ausencia y por la inutilidad. Ojalá que haya, dentro de este mundo, una buena persona, una sola, que agarre mi coche y se lo lleve a lavar, a afinar, a un cambio de aceite, para consentirlo durante estos momentos difíciles. ¿Volvería a ver a mi cochecito azul? Sí, en eso pensaba.

Me almacenaron en la casa, bodega o lo que fuera, tratándome con más rudeza de la necesaria. ¿No que eran profesionales?, me dije, herida en el orgullo. Además, me tocaba que me secuestraran unos *amateurs*. Pero no habían anunciado su profesionalismo, ni me habían tendido una tarjeta de presentación con sus credenciales, ni nada. Eran lo que eran y yo era lo que era: una víctima a su merced, enmudecida y enmascarada.

Estaba en una cama que no olía a nada, con la ropa pegada al cuerpo y la garganta clausurada. Escuchaba voces en un cuarto contiguo. Había cuatro, creí distinguir cuatro voces. Discutían. Es algo serio, me dije, tiene que ser algo serio porque lo que han comenzado es demasiado serio. Se encendió un radio. Quieren ocultar su diálogo con música, pensé. Luego la estación cambió y volvió a cambiar. Comprendí que discutían acerca de la estación y pensé puta madre, puta madre, puta madre. Yo ni siquiera soy lo importante en este asunto. Entonces tuve el primer pensamiento positivo desde mi abducción: lo mío tenía que ser un secuestro exprés. Así lo había estado anunciando la lona, y la lona no mentía, no podía mentir. Claro, era un secuestro exprés, todo lo indicaba: la prisa, la falta de profesionalismo, el radio (¿por qué el radio?). Pronto llamarían a mis padres y listo: antes del amanecer estaría de vuelta en mi hogar. Al día siguiente todo el mundo sabría y Julián vendría a verme, todo cobraría perspectiva y con un beso sellaríamos un pacto eterno. Ya me veía ahí, frente a su cara empapada de lágrimas de terror *a posteriori*, diciéndole: Cuando estaba ahí, creyendo que podía morir, sólo pensé en ti, y en nuestras estúpidas peleas. Qué frágil es todo, amor mío, qué frágil. Yo te amo, a pesar de todo, y cuando tenía una bolsa en la cabeza, me dije que si volvía a verte, te diría que te amo, que siempre te amaré, que te perdono y quiero que me perdones todo y lo que sea, y que nunca más nos separemos. ¿Qué te hicieron?, preguntaría él, consternado. Naturalmente, le preocuparía que me hubieran violado. Naturalmente. Y no tan naturalmente, por lo visto, porque sólo después de ese largo proceso mental, se

me ocurrió esa posibilidad. El argumento “son profesionales” ya no aplicaba, pues alcanzaba a escuchar el estúpido programa del Panda en el radio. Alguien que escucha eso no puede ser profesional. Los profesionales son como militares, no escuchan nada, no se pelean por el radio, no cocinan... ¿qué era ese olor? ¿Sopa Maruchan? Sopa Maruchan. Estos secuestradores son pobres, son aficionados y comen sopa instantánea. Puta madre. No lo harán, no se atreverán. Deben tener alma, ¿no? En algún lado, hasta el más hijo de puta tiene un pedazo de alma. Comprendí después que, en efecto, todos tenemos alma, pero eso no significa nada. El alma puede estar mutilada, encabronada, ser el alma de un asesino.

De modo que podían violarme. Era una posibilidad, y ¿por qué no, después de todo? Fuera del endeble argumento del alma, ¿quién los detendría, quién, incluso, se los reclamaría? En este país, uno aprende de gratitud: “Sí, me asaltaron, pero se portaron bien, hasta eso. No me dispararon”. ¿Quién reclamaría una violación si no se comete un asesinato? “Sí, la violaron, pero ¡no la mataron! Algo es algo...”. ¿Por qué no hacían la llamada? ¿No era ése el punto del secuestro exprés? ¿Que acabara rápido, que pudieran hacer más de uno al día? Adelante, quería decir, acaben con éste y vayan por el siguiente, se les hace tarde. Pero no podía hablar. Diles que tienes una tarjeta de débito con algunos miles de pesos. Son unos nacos, pobres, de sopa Maruchan. Aceptarán lo que sea. Llámalos, ruega, llora, suplica, ofrece, negocia. No te quedes ahí acostada como pendeja. Cuando recuerdes esto pensarás que no hiciste todo lo posible porque se acabara más pronto. “Cuando recuerdes

esto"... pensando de nuevo que el futuro era inminente, no negociable, que yo sobreviviría. No he hecho nada tan malo, pensé, como para merecer esto. Alguna fuerza divina intervendrá. Eso. Algo sucederá, todo estará bien. Vamos, llámales, ofrece tu dinero, que hagan la llamada, que esto se acabe, que no te violen.

Escuché algunas frases inconexas, algunas carcajadas groseras. Recordé la discusión que había tenido con un tío semanas atrás. Él decía que las mujeres debíamos tomarnos los piropos que nos gritan los albañiles como un cumplido. Como si el deseo fuera el deseo, sin importar el sujeto del que provenga. Yo defendí mi posición feminista con ardor: los piropos son una invasión, una violación. Por qué, decía él, te están diciendo que qué guapa. No, respondí, ellos saben que jamás podrán tenerte, ni a ti ni a lo que representas. Eso les encabrona, así que buscan la manera de encabronarte de regreso, de molestarte de la manera en que pueden hacerlo, de violarte al menos verbalmente. Si volteas y te enojas, ya perdiste. Pero aunque no voltees y no muestres enojo, ya perdiste. Lo que ellos quieren es formar parte de tu mundo aunque sea por un instante y de la manera más asquerosa. "Aunque no me voltees a ver, aunque me desprecies, yo te veo las tetas, te veo el culo y puedo imaginar lo que se me antoje, lo estoy haciendo ahora, lero lero, y no puedes evitarlo..."

— Van a violarme — dije en voz alta, y me sorprendió escucharme. Había roto el hechizo, había hablado, pero para decir esa frase que implicaba una certidumbre absoluta. Iban a violarme. No cabía duda. Ellos eran los que gritaban piropos y ahora me tenían ahí, sin lentes oscuros para desdeñarlos, sin una calle que cruzar para dejarlos atrás,

sin la amenaza de la luz, de los guarros, de las autoridades. Quise cerrar las piernas pero mis tobillos estaban atados. Ahí está, dijo mi voz positiva, tus piernas están bien cerradas. No te va a pasar nada, pronto acabará todo.

Cuando era niña, mi mayor miedo era a que no me bajara, a no poder ser madre. Cuando al fin sucedió y comprendí que ahora “era una mujer”, comencé a tenerle terror a las violaciones. Y eso que cuando era chica la cosa no estaba tan mal. Ya sé que todos dicen eso, que todos creen que sus tiempos son los más violentos. Qué me importa lo que digan “todos”, yo sé lo que sé, y sé que esta ciudad es hostil, amenazante, mala. Y yo me he convertido en su digna representante. Es una cuestión de sobrevivencia, un instinto, una evolución. Quizá ese miedo a las violaciones, que eran la única manera de sexo que podía imaginar, fue lo que hizo que años después las cosas entre Julián y yo nunca acabaran de darse. Claro, hacíamos algo, pero no eso. Para decirlo con todas sus letras: todavía era virgen. No era una cuestión moral, no es que quisiera esperar hasta el matrimonio o algo así; es que cada vez que estábamos cerca, yo me quedaba sin aliento (no en el buen sentido), los ojos se me llenaban de lágrimas y la herida en mi centro comenzaba a dolerme tanto, que no valía la pena continuar. Él se asustaba; el asunto era demasiado traumático. Hablé con una amiga y le dije: es que sí quiero, pero mi cuerpo no. Tú eres tu cuerpo, dijo. ¿Y entonces? Si no quieres, no quieres. Pero te amo, sí, te amo, mi cuerpo te ama, mis labios te aman, mis manos te aman, mi piel entera te ama... no es personal. ¿Que no es personal?, gritó un día, indignado, ¡no hay nada más personal!

Virgenes, los dos. Aunque ¿existe verdaderamente la virginidad masculina? ¿No la pierden la primera vez que

se la jalar? Probablemente no. Es que ya soy una amargada. ¿O es que la virginidad va directamente relacionada con el dolor? Nunca hice el amor contigo, Julián, y ahora van a violarme cuatro piroperos con aliento a Maruchan. Puta madre, puta madre, puta madre. Ahora que leo esto, suena chistoso. O al menos suena como si la persona que lo narra tuviera sentido del humor. No es chistoso. Y no tengo sentido del humor, ni un deseo de superación personal, ni los recursos sanos para salir adelante. No tengo el don del perdón, ni la capacidad de ver el otro lado de la historia, ni tengo mi virginidad para entregársela a quien yo quiera, a algún chico años atrás, un chico nervioso que me quisiera de veras y que creyera que yo soy la mujer más hermosa del mundo, sólo porque le dejo tocarme. Mi virginidad era para alguien que temblaría al poseerme, que perdería la erección y echaría a perder cuatro condones en una noche, para Julián que me esperaba y que me quería, que no sabía cómo hacer las cosas y no porque fuera idiota sino porque me amaba y había decidido esperarme hasta que se me quitara el miedo. Me robaron la espera de Julián, sus meses inútiles, su dolor de huevos, su amor joven, sin riesgos de sida ni gonorrea. Me robaron la pureza de los besos de Julián, su desnudez, la alegría que sentiría el día que le dijera que sí, que ya era el momento. Y esa, solamente, era una buena razón para matar.

*

No dormí, no me moví mucho, no me atreví a decir nada y pasaron horas o días, quién sabe. Ese cliché sí es cierto: no sabes cuánto tiempo ha pasado mientras te enredas en

los torbellinos del terror y llega un perro a guiarte como a un ciego fuera de tu caos, por unos minutos y crees que ya estás muerta, o que ya estás libre, o que estás dormida y soñando. No son profesionales, oh no, pues no te dan ni agua ni comida. Te les olvidas, como una tarea que les dio flojera hacer. Y luego se acuerdan de ti y de todas las tú que danzaron frente a ellos en la realidad o en sus mentes de simios, no, de infrahumanos, porque no es justo hablar así de los simios. Se acuerdan de ti y de que te odian y tú comienzas a narrarte tu historia en segunda persona para ver si así te crees que le está pasando a alguien más.

Dicen que el luto tiene cinco etapas: el *shock*, el enojo, la negociación, la depresión y la resignación. No soy una experta, porque antes de esto no me había pasado nada malo, pero me las han mencionado a lo largo de mi vida, o me han llegado en alguna cadenita de internet. Ahora ya dicen que son siete etapas y en unos años cuando a algún psicólogo le pase algo jodido, dirá que son nueve o doce. Yo no sabía que estaba de luto, con esa bolsa de tela en mi cabeza y tirada en un colchón quién sabe dónde. ¿Por qué pensar que me iba a morir? Uno hace planes como si todo fuera a salir bien. Si no, no habría bodas, ni viajes, ni hijos ni tratados de libre comercio. A mí me robaron, me mataron y me convirtieron. ¿Qué me robaron? El alma. Me mataron: ahora no tengo nombre y no tengo pasado ni futuro. ¿En qué me convirtieron? En uno de ellos, en uno de los malos. Mis etapas han sido un poco distintas que las comunes: primero, miedo. Luego odio. Después, asesinato. Y ahí me quedé y ahí me quedaré hasta que me llegue la última etapa, la etapa irreversible. Nada de resignación, nada de depresión.

Pasé rápido por las emociones pasivas y luego mi sangre despertó a golpes al resto de mi cuerpo.

Dicen que fue la adrenalina. Que la violencia de toda la situación hizo que un demonio me poseyera y me diera la fuerza de liberarme de mis ataduras y escapar. No eran profesionales. Los profesionales usan técnicas para aterrorizar, para bajar la moral, para destruir la esencia de la persona y que ya ni siquiera desee volver a vivir en su cotidianidad. ¿No eran profesionales? Por qué, ¿por qué no lo lograron? No hay que juzgar tan duramente a la gente. Quizá soy yo la que falló, la que no fue una secuestrada profesional. Fui como uno de esos monstruos de caricatura a los que disparas y sólo crecen más y más. Un meteorito que se alimenta de tus balas, de tu fuego, de tu destrucción.

A nivel práctico también fueron “decentes”. Eventualmente hubo Maruchan para mí, y agua. Hubo visitas al escusado, nunca en privado, hubo baños con jabón y agua caliente porque el dinero podía esperar y bueno, mientras tanto hay que vivir la vida, ¿no? Aprovechar lo bueno, ¿no? Y una güerita que está sucia no es güerita, ¿o sí? Mejor que esté limpia, como si estuviera lista para cruzar la calle enfrente de la construcción para tentarnos, porque las mujeres tientan a los hombres y los provocan... de hecho, ellas quieren ser violadas, sólo que no lo saben, y si lo saben, no se atreven a admitirlo. Yo soy de las que no lo admiten, aun ahora no lo admito y, de hecho, la última vez que una de aquellas manos se atrevió a tocarme, yo hablé por segunda vez en todo mi encierro: “Si me tocas, te mato”. Y el tipo me tocó.

¿Por qué no te fuiste antes? Bueno, porque estaba contenta ahí, claro. Porque estaba enamorada de mis

secuestradores, con el síndrome de Esto es el colmo. Lo estaba disfrutando, ahora puedo admitirlo. Dos de los tipos, en especial, eran bastante buenos en la cama. Dulces, cariñosos, respetuosos. No pude irme antes, imbécil, y cómo te atreves a preguntarme eso, a implicar que pude habérmela evitado. Sólo porque creo en la libertad de expresión no me fui de cacería contra algunos de los reporteros que abrieron el hocico. Esta nueva era humanista en la que la opinión de cualquiera es valiosa es una mamada. Todos tienen sus *blogs* y sus páginas y te ponen *Like* o *No Like*, critican, encuestan, votan. No, no todos deberían opinar y no, no elegí ser una figura pública, de modo que déjenme en paz.

Al principio, me dije que valía la pena ver si se hacía la justicia. Yo había matado a uno, quizá alguien se encargaría de los demás. Alguien “haría” justicia. Supongo que el problema está en el verbo: hay que hacer justicia, crearla, producirla cada vez, eso toma mucho tiempo y es un proceso muy costoso. Entonces nadie lo hace. Esperé, con mi odio guardadito, contesté las preguntas, vi a los psicólogos, redacté las actas. Y para qué. En el fondo sabía que la justicia que yo necesitaba no se “haría” por arte de magia ni por arte de nadie. No hay artistas ni magos en México. Creo que esperé para alimentar mi odio, para comprobarme, como la novia que sospecha y se da a la tarea de seguir a su novio para cacharlo con las manos en la masa y decir: “Lo sabía”. Decidí apoderarme del verbo, como Dios, y “hacer” lo que tenía que hacer, se llamara justicia o se llamara de otra manera.

¿Qué se siente acabar con la vida de un ser humano? Esta pregunta no la hizo un medio, todavía son demasiado fresas en México, demasiado católicos como para pregun-

tar algo así. Se atreven a preguntar si encontraste a Jesús, si has perdonado, si una parte de ti disfrutó con la... ¿Cómo le llamaron, a los toqueteos? Ah, sí: "Interacción", le llamaron, interacción. De tus órganos, de tus huesos, de tus dolores, sí hablan. Fue Leonora la que me preguntó qué se siente acabar con la vida de un ser humano. Sí, la misma que encontré sentada en las piernas de Julián. Y creo que agradecí su honestidad, su estúpida falta de tacto, su genuina y morbosa curiosidad. Se sintió de poca madre, dije. Se quedó asintiendo unos segundos, mientras sus labios hacían muecas sin que ella se diera cuenta. ¿De poca madre, eh? Sí, de poca madre. Pues qué chingón. Hay muchos por ahí que se lo merecen. Muchos que deberían acabar así, cuando creen que ya la hicieron, de sorpresa... ¡tómala! Y un alambre alrededor de tu garganta. Guardé silencio, buscando en sus frases hipocresía o sarcasmo, sin hallarlos. Leonora me admiraba, se notaba en el brillito de sus ojos, como si estuviera conociendo a su celebridad favorita. Estás de poca madre, concluyó, y siguió asintiendo. ¿Tú?, pensé, ¿tú, que eras mi archienemiga, mi Némesis si fuéramos un cómic, tú eres la única que entiende? Bueno pues, una sorpresa más. Gracias, le dije. Todos esperan que me sienta mal y que esté deprimida en mi casa, pero tengo otros planes. ¿Deprimida?, exclamó con su tonito afectado, y otras chicas de la fuente voltearon a vernos. ¿Por qué chingados estarías deprimida? Eres una sobreviviente.

Yo odiaba a Leonora. Estaba segura de que Julián me ponía el cuerno con ella, aunque pudo haber sido con cualquier otra o con nadie, como él aseguraba. A ella, en especial, la odiaba, y no porque fuera más guapa que yo.

Tenía expresión de drogada, el pelo morado, un par de tetas apenas perceptibles y bastante feas, medio metro más que yo de estatura y una cara asquerosa de rasgos afilados y esa nariz puntiaguda, con sus pestañas cortas y su sonrisa de sabelotodo... La odiaba, en serio. Pero me pareció que ella me creía y me entendía, y sin dejar de sospechar de sus traiciones, la perdoné un poquito.

Sí, yo había vuelto a la universidad, pues si no qué. La vida sigue, todos dicen. Una sobreviviente: la palabra era buena pero no era suficiente. Yo no quería sobrevivir, nada más, como sobrevive una rata en las alcantarillas. Una vida aceptablemente satisfactoria, después de lo que me había pasado, no bastaba. Me merecía algo mejor que “lo superó, siguió su vida, la pobrecita”. Y me merecía algo mejor que las miradas de entre lástima y miedo de la gente. ¿Qué hay entre esas dos? La línea entre la lástima y el miedo no es recta, ¿o sí? No hay un punto medio definible, o al menos eso creía yo. Pero descubrí que la línea es más bien un trazo y que el trazo, si te fijas bien, delinea a un monstruo, un monstruo mutilado y entristecido pero poderoso. En un principio, creí que la plática con Leonora salía de ahí, de una cierta conciencia de mi poder, de un “prefiero estar de su lado para que no me truene la tráquea con un alambre”, pero no, ella comprendía. Y le gustaba *morbosear*. Quería que le platicara más. No le di el gusto porque sus nalgas huesudas seguían marcadas en el regazo de mi novio.

Julián y yo no habíamos regresado, pero en el tiempo verbal en que la puta de Leonora se había sentado en sus muslos (*mis muslos*), Julián era mi novio. Dentro de mí, lo seguía siendo, lo seguiría siendo porque yo no volvería a

querer a nadie; eso se había acabado. Qué dramática sueño, ¿a que sí? La gente cree que una chica de 19 años debe poder superar cualquier cosa, pues tiene todo el futuro por delante. Realmente todas las personas, también las de 80 años, tienen todo el futuro por delante, ¿no? No lo tienen por detrás, ¿o sí? “Si ella, a su edad, con su carne joven y su mente fresca, no puede superar esto, ¿qué posibilidad hay de que yo, con mis tetas caídas y mi pelo pintado de caoba, lo supere?”. Ninguna, abuela. No hay posibilidad. Hay posibilidad de que te pase otra cosa, de que te vuelvan a asaltar, de que pierdas la lotería en vez de ganarla, de que te roben a tu perro y quemem tu casa. Despierta.

Pero no podemos pedirle a los viejos que despierten, no sería justo, como no estaría bien despertar a un hombre en coma para decirle, solamente, que ya no tiene piernas ni brazos y que lo más probable es que se muera pronto. Sería cruel. Y más allá: sería inútil. Los viejos hicieron lo que hicieron y ya. Hay que comprenderlos pero no hay que perdonarlos, porque ellos tienen la culpa. Desgraciadamente nunca llegará el esperado juicio final que pondrá los puntos sobre las íes. No puedo creer que acabo de usar esa expresión tan estúpida. Para una niña de mi generación, los puntos sobre las íes eran corazoncitos, a veces coloreados de rosa con una pluma de gel. Hoy, los puntos son otros: son puntos finales.

Los viejos la regaron y nos empujaron a esta situación. Los viejos no se enojaron suficiente y les dio flojera reaccionar. Es más fácil no comprender a “estas nuevas generaciones”, destrozarles el planeta y el porvenir, y luego echarles la bolita a ellos porque son flojos, porque son

Ni-Nis, porque “no saben cómo era antes, cuando nuestros juguetes eran canicas, las computadoras no existían y había cuatro canales de tele”. Ellos siguen vivos pero caminan como zombis, sin saber cómo es hoy, como si ya hubieran abandonado el mundo en busca de algo mejor. No hay nada después, cincuentones, sesentones. Nada, ¿me oyen? El paraíso sigue tan perdido como hace un millón de años y ¿saben qué? El “después” que ustedes siempre anhelaron, somos nosotros. Éramos nosotros. Nosotros éramos el futuro. Ahora somos el presente porque ustedes nos lo entregaron en una bandeja cochambrosa a toda prisa, cuando vieron que se ponía feo. Y además de todo tenemos que seguirnos tragando sus frases de “Era otro México. Se podía caminar en las calles. Ahora las calles están llenas de violencia. Esta violencia es culpa del desempleo... pero el desempleo es culpa de los jóvenes huevones que no quieren estudiar. Cuando yo era joven, estudiar en una universidad era un lujo. Jugábamos canicas, saltábamos la cuerda, nos íbamos en bici...”. Bla, bla, bla. Todos eran lindos, vivían en blanco y negro, iban a la papelería El Lapicito y tomaban café con leche y conchas para merendar. ¡Ja! Ya sé lo que pasó: llegó un demonio y se posesionó de toda una generación, de dos: la Y, la Z y hasta la A, porque ya dimos toda la vuelta.

“Fue un demonio, eso fue. Porque nosotros no tenemos la culpa, ya somos viejos y caminamos lento. Fue un demonio, porque los jóvenes no van a la iglesia, cogen antes de casarse, no como nosotros, que cogíamos pero al menos nos daba vergüenza y si nos embarazábamos, nos casábamos con todas las de la ley y éramos infelices para siempre POR ELLOS. Todo lo hicimos por ellos. Y mira cómo nos

han dejado el mundo para las siguientes generaciones." Sí, pues como decía, nosotros ya no somos el futuro, somos el presente y el futuro son los embriones que flotan alegremente dentro de los úteros estos días. Ahora que los ven ahí, microscópicos, indefensos, aislados de la tele, de los videojuegos, del alcohol y de todas esas cosas feas que corrompen el alma, les parecen tan inocentes. Pero si las cosas siguen su curso y las generaciones cada vez vienen más podridas, esos embriones van a nacer con cuernos y tridentes filosos. "Ya no estaré aquí para verlo", piensan los viejos con melancolía y alivio. Así que, claramente, no podemos esperar una solución por parte suya. Los embriones no pueden hacer nada tampoco. Sólo nosotros, los poseídos.

*

"Bueno, sí, te secuestraron, te encerraron, te tocaron. Gran cosa. Hay gente en China muriéndose de hambre." Sí, seguramente. Hay gente en México muriéndose de hambre, que además ha sido violada y abusada y atropellada, cuya casa se ha inundado, cuyo hámster se ha escapado, cuyo café se ha quemado, cuyo barrio está tomado por los narcos, cuyas larvas no se convierten nunca en mariposas. Las pequeñas tragedias no le llaman la atención a nadie, y menos si le pasan a los ricos. Con todo y que las telenovelas han intentado enseñar que Los Ricos También Lloran, para consuelo de los pobres, nadie nos cree. Y sí lloramos, de veras. Y algunos tampoco nos lo merecemos, lo juro. Y también estamos hartos. Algunos salimos de familias trabajadoras a las que les fue bien, que empezaron vendiendo corbatas en el centro, habiendo llegado de algún lejano, lejano lugar de

cuyo nombre, etcétera. Yo, después de leer las noticias, me veo en el espejo y busco en cada pedazo de piel para ver si tengo la culpa de algo, de la pobreza, de la corrupción, de la decadencia, y no encuentro nada, de veras, nada... Así que la revolución no va contra mí, aunque me vea blanquita y tenga coche. Va contra los malos. Y ni siquiera es revolución: no hay *banners*, ni banderas, ni ideales, sólo un objetivo: sobrevivir.

Ah, qué mal. Qué mundo, éste, en el que una chica de 19 años, en vez de decir "hay sólo un objetivo: el amor", diga, en vez, "hay sólo un objetivo: sobrevivir". Quisiera haber empezado mi narración como empieza la voz en *off* de tantas películas: "Ésta es una historia más de amor". O "Ésta NO es una historia más de amor" O: "Como cualquier historia, ésta empezó por un chico". En vez, empecé hablando del demonio y de matar. Y sí, después de esto no hay besos tiernos ni "hacer el amor". Nadie "hace al amor". El amor anda por ahí, revoloteando como pájaros de colores. Nadie sabe de dónde salió ni por qué a veces llega y a veces se va. Uno se la pasa calculando sus patrones de vuelo, ofreciéndole miel y semillas, soñando con enjaularlo. Y mientras uno está ahí en su mecedora pensando en los pajaritos, los francotiradores los tienen en sus miras telescópicas y les disparan y les quiebran las alas y les vuelan los diminutos cerebros y luego meten sus cabezas en bolsas negras...

Ellos mataron a mis pájaros pero yo tengo guardadas algunas plumas, suficientes probablemente para la corta vida que planeo. Todas son del mismo color, del color de esos ojos que me vieron como nadie y que nunca volvieron a verme igual después del secuestro. Ojalá en vez de

plumas tuviera ese par de ojos guardados en una caja, y en ellos, la mirada de antes, el espejo en que yo era promesa, respuesta, futuro. Para Julián dejé de ser Miranda cuando me convertí en la Miranda de los comedores de Maruchan, aunque él no lo supiera. Si hubiera vuelto antes de todas esas manos, habría vuelto Miran, o Anda, porque siempre pierdes algo, pero volví sin letras, sin nombre y sin cara, sí, sin cara... aunque todos la vieran, yo no la volví a encontrar en el espejo. Él buscó saber de mí, me dijeron mis padres, y la angustia consumió muchos de sus días. Pobre Julián, tuvo que dejar de lado sus rencores y su dolor para suponer mi sufrimiento, recordar que me amaba cuando lo que necesitaba era el odio que sana las heridas. Cuando escapé volví a casa, como es natural. Nunca pensé en visitar a Julián y estelarizar la escena dramática: la desaparecida, con la ropa hecha jirones, el cuerpo mutilado pero el alma radiante, vuelve luego de vivir una experiencia que la ha cambiado y la ha hecho alcanzar la epifanía máxima: que todo el sufrimiento valió la pena. Él, al sondear sus ojos, comprende instantáneamente, ve las escenas de su calvario y los ojos de ambos se llenan de lágrimas. Saben que no volverán a separarse, que ninguna crisis podrá con ellos. Su abrazo es la fundición de dos metales, una aleación invencible. Los huesos quebrados sanarían, todo lo quebrado sanaría gracias a la fuerza del amor. Pero yo no me sentía quebrada; me sentía furiosa. Volví a casa porque tenía que salir del agua para respirar, cicatrizar, y volver a hundirme hasta el abisal, donde me espera una bestia ciega y sorda pero con muchos, muchos dientes.

Ah, los conmovedores detalles del reencuentro. Abrazos sinceros, de esos en que la gente no se fija en si es-

tás sucia o no, durante los que te aprietan tanto que te duelen los huesos pero no te quejas, lluvias de lágrimas, surcos salados en tu cara ennegrecida de sudor, corazones que despiertan con el golpe de electricidad de la esperanza que vuelve y trae consigo... ¿qué es lo que trae, siendo realistas? Trae culpas, la contrariedad insoportable del querer saber todo y no querer saber nada, y un extraño miedo, difícil de explicar, algo que tiene que ver con "¿podré compensarle de alguna manera lo que ha vivido?". Y otro miedo, muy fácil de explicar, que tiene que ver con la vida que viene, con los daños que deberán repararse, con lo que la experiencia y su interpretación significarán para toda la familia. ¿Qué decirle a la gente o más bien qué tanto? ¿Cuándo y de qué forma? La incertidumbre es reemplazada por otra incertidumbre de cara más amable pero lados bien oscuros.

Ellos hicieron todo bien. Doctores, psiquiatras, contención. Abrazos, preguntas y silencios de acuerdo al momento, amor, culpas y miedo a raudales, como debe de ser. Julián había leído menos manuales que ellos y no supo qué hacer. Llamó, comiéndose el orgullo, y yo no quise decirle nada. Es que no es algo que cuentas, y no porque sea vergonzoso. La sensación me recuerda más al silencio que guardan, orgullosos, los héroes anónimos, los benefactores. Él creyó que me habían devuelto, que se había pagado mi rescate y ya. Se enteró de los detalles después, como todos: por las noticias, los chismes y las pláticas en voz alta, ni siquiera disimuladas, de la fuente.

El escape no le pareció mal al público. Sí, todos estamos actuando en la película de alguien, en el *reality show* que alguien ve. El público atento a mi *show* aprobó del esca-

pe, Julián también. Yo no hablé del asesinato hasta que me vi obligada a hacerlo, cuando el resto de los secuestradores acudió a la policía a acusarme y decir que “una cosa es tratar de ganarse la vida, sí, bueno, tal vez no de la mejor manera, y otra bien diferente matar a un ser humano con familia. A nosotros la sociedad nos empujó a buscar una manera, todos sabemos que no hay trabajo allá afuera, que el desempleo hace que uno haga lo que sea por darle de comer a sus hijos, a su mujer... pero de ahí a matar a una criatura de Dios, pos... pos sí es muy diferente”. Ja. No sé con quién se hayan asesorado los comedores de Maruchan, pero su testimonio no recibió tantos aplausos, y eso que estaba aderezado con unas tiernas lagrimitas. Pudieron haber desaparecido y ya, pero no, tenían que intentar encarcelarme a mí, convertirme en la villana. Trataron de convencer a los medios y a quien los escuchara de que me habían tratado bien y que “alguien que había nacido con tantas ventajas en la vida” debía ser menos vengativa.

Con todo y mi piel blanquita, al público no le gustó el título de la telenovela que los maruchaneros trataron de vender: “La triste historia de los secuestrovioladores que buscan justicia contra la rica que mató a uno de sus amigos con un alambre en vez de quedarse quieta para ayudarles a ganar algo de dinero para alimentar a sus putas madres”. Y que los encarcelan. ¡Y que se sorprenden muchísimo! Mis padres fingieron sentirse aliviados: el mal estaba encapsulado. Pero realmente tenían miedo de que todos me hubieran visto la cara, ¿y si los maruchaneros eran subordinados de una banda más grande? Ahora se sabían demasiados datos. Mi línea de pensamiento era diferente: ¿quién buscaría se-

cuestrarme ahora, después de mi hazaña? Algunas mujeres me aplaudieron, pero luego la cosa empezó a cambiar y el público comenzó a tener miedo. La gente es estúpida y no les gustó que la víctima se convirtiera en victimario. Por supuesto, nunca se consideró encarcelarme y el testimonio de los médicos confirmó que yo había “sido violentada en numerosas ocasiones”. Los psicólogos aseguraron que mi agresión había sido una cuestión de supervivencia, y que lo más seguro era que no había querido matar al tipo, sino hallar el modo de escapar. “Pero después de un encierro tan prolongado, las condiciones psíquicas de la víctima...” Una de las preguntas que mis abogados me aconsejaron no responder fue: “¿Y por qué no esperó a ser rescatada?”. Pronto dejé de hablar. Y pronto, también, salieron de la cárcel los maruchaneros. Se había llegado a la conclusión de que mi secuestro se había quedado en “tentativa de secuestro”, pues ellos nunca habían recibido el dinero y yo había escapado. Ahora resulta que si le cortas la cabeza a un gato y el gato sobrevive, tú ya no le cortaste la cabeza, es que él hizo trampa por tener ocho vidas más. Alguien pagó una fianza, alguien negoció algo, alguien se hizo pendejo porque a algunos les da gusto que los ricos reciban su merecido.

“Tentativa de secuestro.” Nos enteramos del veredicto y no hubo grandes juicios, objeción ni protesta, Su Señoría. Fue un papel, seguido de una llamada. Pos parece que van a salir. Habían pasado apenas unas semanas encerrados. En casa el pánico fue el ánimo general por muchos días. ¿Qué más podemos hacer? Queremos una segunda, una tercera, una quinta opinión. Queremos seguridad. Queremos protección. Queremos justicia. La justicia no ha-

bía sido servida, o no había servido para nada, más bien. El único verbo que tiene que ver con la justicia es matar. Entendí eso yo sola y no se lo dije a nadie, pero algo en mi abismo comenzó a tomar forma. Tal vez estás enloqueciendo, Miranda. Sí, tal vez.

Desde mi regreso, no dormía. A veces caía en una especie de sopor contra el que luchaba con todas mis fuerzas, porque si me soltaba, en vez de ser un globo y flotar apaciblemente mientras los de abajo se preguntan hasta dónde llegará, me convertía en un cachorro aterrorizado, corriendo a toda velocidad para escapar del estruendo de los cohetes invisibles que lo persiguen y que, al final, acaba muriendo atropellado por una bicicleta por no haberse fijado a los dos lados de la calle. Las escenas se repetían en bucle, mi memoria traicionera me transportaba a aquella cama, me sintonizaba en el programa del Panda, me daba a oler sopas instantáneas como a las damiselas de otros siglos se les daba a oler sales y alcohol. “Tienes que hablar y hablar de eso, repetirlo una y otra vez”, había dicho uno de los sicólogos. Soñar no contaba. Soñar era un síntoma del que no estaba curada. Algún día dejarás de soñar, me habían dicho en tono de promesa, pero el día no llegaba. Me dieron medicinas para dormir y despertaba igualmente empapada en sudor, sin memoria pero llena de angustia. No recordar me alteraba más: quizá las manos, los alientos me habían invadido en sueños mientras yo yacía pasiva, ausente.

Cada madrugada era igual: no había gritos, sólo un momento en que despertaba, sin aliento y ardiendo en fiebre. Cinco segundos para comprender dónde estaba. Cinco segundos para respirar hondo, cinco más para revisar que

la puerta estuviera cerrada, que las ventanas estuvieran cerradas. Diez segundos para considerar si llamar a alguien a gritos. Tres para decidir que no, que los demás tenían que levantarse temprano y vivir también. Diez segundos para llegar bajo el agua fría, a la que percibía como más limpia, y veinte minutos para lavarme el cuello psíquicamente bañado, arañarme los hombros y los pechos con un zacate salvaje y purificante, arrancarme células vivas y muertas con jabón neutro y con alcohol que guardaba en una botella de champú, lavarme los dientes y hacer buchec con enjuague bucal hasta que todo ardiera, rasurarme todo el cuerpo para quedar limpia, suave, pura, limpia. Tirar mi ropa interior a la basura teniendo ganas de quemarla. Llorar mientras el agua seguía cayendo. Tratar de imaginar otra cosa, cualquier otra cosa, y acabar prendiendo la tele para ver *telemarketing* y apagar el cerebro. No me atrevía a verme desnuda al espejo. Pobre carne viva, frágil, vulnerada y furiosa. Nunca volverás a enamorarte, nunca volverás a abrirle los labios a nadie porque sólo te quedan el silencio y la clausura.

Me puse a ver y rever las películas que me hacían sentir bien: comedias románticas. Ninguna me hizo sentir nada. Fui más atrás: películas infantiles. *La Bella y La Bestia* me hizo enojar: un ser amargado y malvado secuestra a una chica inocente. Cuando la chica intenta escapar, la Bestia se siente traicionada. La Bella, además de sufrir el encierro, debe *querer* quedarse y no sólo eso: enamorarse. Poco a poco comienza a comprender a su captor y cuando éste le muestra su biblioteca, ella se conmueve. La biblioteca es la sopa Maruchan, el “bueno, pero la trataron bien”. Se podría

decir que La Bestia es un secuestrador profesional, él sí. Qué basura. Es un hijo de puta, con o sin maldición, y ella es... no sé. ¿Pendeja? ¿Masoquista? O religiosa. Quizá era religiosa y todos los libros que se la pasa leyendo, razón por la que en la aldea le cantan "ahí va esa chica tan extraña", son los Evangelios o algo así, que le insisten en voltear la mejilla, y cuando ya no le queden mejillas, ofrecer alguna otra superficie para que se la destrocen. Tuve ganas de estrellar el control remoto contra la tele de 70 pulgadas, pero había que ahorrar violencia para mejores fines. Además, La Bestia seguiría existiendo en las pantallas de las demás niñas del mundo, para seguirles enseñando que deben esperar a ser rescatadas, o enamorarse de un hijo de puta.

Ya de por sí no hablaba mucho, y bajé el volumen una rayita más. Todo es normal, Miranda puede pasar por varias etapas, hay que dejarla vivir su proceso. Muchas veces las víctimas tardan años en hablar, pero su hija fue forzada por sus circunstancias. Pero, ¿ya no habla en las sesiones? No, pero dibuja. ¿Dibuja? Sí. A veces. Otras veces la dejo jugar con mis materiales de terapia de juego. ¿Los adultos hacen terapia de juego? Señora, en este momento lo importante es que ella siga expresándose, de cualquier modo. ¿No importa que no la entendamos? No tanto. De cualquier manera, ¿qué podemos entender? Desgraciadamente ésta es una experiencia solitaria. Aunque quizá un grupo de autoayuda sea buena idea.

Corte directo a Miranda sentada en un círculo, en un salón frío y con iluminación espantosa. Mujeres ayudando a mujeres, o algo así. La moderadora, con la que mi mamá habló antes del inicio de sesión, recomendó que no dijéramos

mos mi nombre, por si alguien no sabía de mí, por si podía escapar al “y no eres tú la que...”. ¿Y por qué? Porque en estos grupos el mensaje es distinto, y no queremos decirle a estas mujeres que la respuesta es... humm... (díganlo con todas sus letras, demonios)... la violencia (matar), la venganza (Matar), algo irreversible (MATAR). Algo que las dejará marcadas por siempre. El Perdón (mayusculado) es la única respuesta, la única manera de... ahí dejé de escuchar. Esa palabra ya no existía para mí, y cuando la escuchaba me sonaba a escupitajo, a vocablo en idioma desconocido que se grita en las calles tras pisar un montón de mierda.

No dudo que sus historias hayan sido un animado festival de borrachos, golpeadores y tragedias encimadas, un encuentro con la miseria humana y una oda a la esperanza, pero yo no andaba por ahí, atestiguando, que es el objetivo principal de estos grupos. Sus voces me sonaban a la voz de los adultos en *Snoopy*: “Dadadada... dadadada...”. No crucé los brazos porque sabía que eso era tomado por quienes habían leído algún “Psicología para tontos” como una señal de reserva y negación. No, estoy aquí, abiertísima, escuchando con piel de gallina y compasión infinita. Díganme, mujeres: ¿quieren mi compasión, o preferirían un pedazo de mi alambre, bien apretadito y en el cuello correcto? No contesten. Piénsenlo y nos vemos la semana que entra, a la misma hora, en el mismo lugar.

¿Te fue bien en el grupo? Sí, mamá. Aunque es difícil hablar de eso. Claro, hija. Pero me siento apoyada. Para eso es, hija. Todas me aplaudieron por atreverme a estar ahí. Ojos húmedos. Mamá se resiste a abrazarme y tratar de curarme todas las heridas con su antónimo de kriptonita.

Entrelaza los nerviosos dedos y su boca se pierde tratando de hallar una sonrisa. Me voy a acostar un rato, digo para liberarla, y asiente con efusión, como si en vez de “me voy a acostar” le hubiera dicho “estoy lista para recuperar la fe en la Humanidad”.

Volví a mis clases nocturnas después de unas semanas. Mi mamá me llevaba y pasaba por mí, disfrutando la ilusión de mi seguridad. Seguro que cualquier secuestrador habría corrido, volado despavorido a la vista de una mujer de cuarenta y tantos marinada en miedo. Hasta yo podía olerlo. Nunca pasamos por aquella calle, contradiciendo al “hay que volver a montarse en el caballo”. Ella me hablaba de cualquier cosa y todo sonaba a desviación de “El Tema”. Ya no quería ser “El Tema”. Quería que las vidas de los demás siguieran, que hubiera otros problemas, pero mi familia en su totalidad había sido vulnerada. Hice lo que todos querían, fui a todas las citas, hice todas las evaluaciones. Miranda sigue en *shock*. El trauma esto, el trauma lo otro. Cuando iba en prepa, la palabra “trauma” se usaba con mucha más ligereza. “Estoy traumada de que Pepe y Pepa son novios.” “De verdad, cuando vi lo que se había puesto, me traumé.” Todos vivían traumatados; no se necesitaban violaciones ni secuestros.

Entonces fue que Leonora me preguntó qué se siente matar a un ser humano. Julián ya no frecuentaba la fuente: se había cansado de escuchar las interpretaciones, reinterpretaciones y opiniones de los bohemios acerca de mí. Él me quería. Para él, las acciones tenían cara, las agresiones tenían carne: la mía. Seguía llamándome religiosamente, todos los días, a ver cómo estaba. Creo que no quería saber, así que

no le contestaba. Pero hablábamos de otras cosas. “No porque me hayas mandado al demonio, me deja de importar tu bienestar”, quería decir. Yo lo seguía queriendo también, pero ahora mi amor era la línea de pequeñas noticias que se pasea en la parte inferior de la pantalla mientras, en grande, el terremoto se anuncia. ¿Puedo verte?, sugirió un día. Con miedo. Como si hubiera perdido el derecho a pedirlo. Y dejé de controlar mi lengua y le grité al teléfono: Yo nunca te dejé de querer, Julián. Nunca. Siempre puedes verme, siempre quiero verte. Nunca te dejé de querer, pero me lastimabas mucho, ¿te dabas cuenta? Creo que sí, dijo. Pero cambié. Ya sé que todos dicen eso, pero yo en verdad cambié, ¿me crees?. Te creo. La gente cambia. Entonces, ¿puedo verte? Y nos vimos. Y fue lindo y triste y todo eso. Si crees que hablar de eso conmigo puede servirte, cuéntame. Quiso tocar mi mano y yo retrocedí de un salto, toda mi piel erizada y rechazante. Me pidió perdón y no supe qué había hecho ni qué decirle. Pero “perdón” sonaba bien. Quizá en alguna parte de mi cabeza él era “ellos”, igual que para “ellos” yo había sido “todas”. Cuéntame, insistió. Yo estaba temblando y Julián quería abrazarme pero mis ojos veían otras caras y sentían el contacto pegajoso de dedos invisibles e imborrables. Dejé de respirar como había dejado de respirar allá, pensando que así, por voluntad, podía morirme.

Entonces hubo algo, dentro de la conversación larga, entrecortada y solemne, que hizo que Julián se convirtiera en el terremoto de mi pantalla, que dejara de ser “ellos” y fuera sólo él: sentí su odio, caliente, quemándole la ropa, deritiéndole los sentidos. El odio no era contra mí, claro. Si los tuviera enfrente, musitó, y su voz era una víbora veneno-

sa que quise colgarme como un collar alrededor del cuello. Creía que lo que... lo que hice, comencé a decir, titubeando. Luego pensé que me había ganado el derecho a llamar a mis acciones con todas sus letras. Creía que mi asesinato te daba miedo, dije. Ni siquiera habíamos fingido que tomaríamos café; estábamos sentados en el coche afuera de mi casa. Julián volteó y me miró como si estuviera loca. ¿Miedo? Es lo único que me consuela de toda esta historia, dijo sin dudar. ¿Ah, sí? Sí... Me imagino la escena todo el tiempo, y cada vez matas a esos hijos de puta con otra cosa. Sólo maté a uno, corregí. En mis fantasías los matas a todos. Me acaloré y bajé del coche. Él hizo lo mismo y nos recargamos uno junto al otro. Pero matar cambia a la gente, le advertí. Sí, concordó, sobre todo a la gente a la que uno mata. Y se me escapó una carcajada. Recargué la cabeza en su hombro y sentí, por segunda vez, que volvía a casa. Estuvimos en silencio un rato y las últimas frases se quedaron volando a nuestro alrededor como mayates.

¿En tus fantasías soy una asesina múltiple?, dije al fin. No, una vengadora. Ah, bueno, entonces está bien. Julián se rio un poquito. Míranos, dije, (y me sentí tan adulta), hablando de vengadores y asesinatos, recargados en un Audi en Bosques de las Lomas. Qué tiene, dijo él con la mirada al frente. Pues... no sé, tal vez hemos visto demasiadas películas. Por supuesto que hemos visto demasiadas películas. Somos una generación criada por la televisión y el cine, dijo, citando algún texto de la universidad. Y además, agregué, somos comunicólogos. Eso. Cuéntame lo del alambre otra vez. Cuéntamelo como si fuera el guión de tu película favorita. Estamos mal, bien mal... muy

enfermos, mi amor. No deberíamos hablar de estas cosas así, como si nada. Maté a alguien, es algo perturbador, terrible. A la gente le da escalofríos y tú quieres que te lo cuente como una anécdota cualquiera.

Nos fuimos moviendo hasta quedar frente a frente y él intentó una de sus miradas escrutadoras. ¿Cómo estás, de veras?, preguntó. Ésa es la pregunta más difícil. Creo que *estoy* bien. El problema no es mi estar, sino mi ser. Independientemente de cómo esté hoy y cómo esté mañana, ya no soy ni seré como era. Creo que te entiendo, dijo. No creo. Además, creo que estás ahí dentro. Y tomó mi cara entre sus manos. No, no estoy, le aseguré. Entrecerró los ojos buscando una pista. Son tus ojos, son tus labios, eres tú, tu cara. Tal vez para ti, respondí. Cuando yo me busco, no me encuentro. No veo nada. Una cara en blanco, nada más, y unos ojos en blanco también. Quién sabe quién o qué soy, ya. Me abrazó, lo abracé, y el momento se volvió pura tristeza y desesperanza. Ya maté una vez y quiero volver a matar. Y, después, quiero morirme también. Esto se quedó en mi cerebro, una certidumbre sembrada muchos meses atrás. A esos o a otros, a algún tipo al que viera pateando un perro, al próximo que me gritara “mamacita”. Quiero volver a matar o volver a morirme, esta vez para siempre y en silencio y en paz. Porque aquí está el amor de mi vida y no lo puedo amar. Porque no hay luz hacia la cual caminar. Porque no queda más que el silencio entre el mundo y yo, entre Julián y yo. El frío y el silencio. ¿Miranda? Qué. Cuéntame otra vez lo del alambre.

*

SERGIO AMADEO

SEGUNDA ETAPA DE LA OPERACIÓN “BUCASUPRE”
CATEGORÍA: CFDCL (confidencial)

Reporte elaborado por Mauricio Domínguez Cerda, redactor del Ministerio Público, con base en las:

DECLARACIONES DE:

- Beatriz Salazar, secretaria
- Rosalba Martínez de Machorro, ama de casa, matrimonialda con el finado Sergio Amadeo Machorro
- Dulce Ámbar Aguilar, secretaria
- Margarita Becerra, comerciante informal
- Adela López, ama de casa, madre del finado Adelo López-Landa
- Acacia Limoneros, comerciante informal, madre de la finada Ameyali Limoneros
- Siddhartha García, empleado de una compañía de seguridad privada
- Fuentes cercanas a los involucrados en el caso, que prefieren permanecer anónimas
- X, elemento del escuadrón responsable de la Segunda Etapa de la Operación BUCASUPRE. Su identidad ha sido omitida para salvaguardar su seguridad.

Y EN LOS:

Videos recuperados de las cámaras de seguridad del edificio

Y EN EL:

Plan de Extracción del Ciudadano Sergio Amadeo Machorro, redactado por el capitán Aníbal Guerrero, EPD.

ANTECEDENTES

Era un tiempo de crisis política y el Presidente Dionisio Casas había recibido varias amenazas de muerte. Los más altos comandos de seguridad nacional emprendieron una investigación para enterarse de cómo se manejaban este tipo de situaciones en los Estados Unidos de América. Después de ver numerosas películas, los estrategas mexicanos comprendieron que había que conseguir un doble para el señor Presidente Dionisio. Se recorrieron los archivos de la gente empadronada y se hallaron ocho candidatos en la Ciudad de México que, de acuerdo a sus rasgos faciales, podrían fungir como dobles. Las edades también serían un factor importante y la tarea tomó mucho más del tiempo planeado debido a que al registrar a los ciudadanos en el Padrón Electoral, se solicitaron las edades al momento del registro y no las fechas de nacimiento, las cuales se obtuvieron por medio de métodos investigativos altamente profesionales: la irrupción ilegal en las bases de datos bancarias y otros por el estilo, mismos que también fueron útiles para ubicar geográficamente a los candidatos.

*RESULTADO DE LA BÚSQUEDA
DE CANDIDATOS A SUSTITUTO*

Se encontró que dos de los candidatos habían cruzado la frontera. Fueron eliminados de la lista. Otros dos habían muerto, uno de ellos ejecutado por error en un operativo policíaco. El quinto había sido fotografiado desnudo durante una huelga de trabajadores en el Paseo de la Reforma, y sus enormes atributos le habían convertido en un héroe regional al que se le nombró con el apodo de El Bulto. Su fama intervendría con sus labores presidenciales. El sexto aspirante había participado en un programa cuyo objetivo era encontrar al nuevo ídolo norteño, por tanto había tomado clases de pronunciación con un regiomontano y había olvidado para siempre palabras que, como sustituto de presidente, tendría que utilizar, y aprendido otras (“rotonda”, “troca”, “legajo”, “huerco”, “carrilla”) que, de ser escuchadas en la ciudad, sólo podrían provocar incomprensión y burlas. Al séptimo pretendiente le habían roto la nariz en un juego de fútbol de aficionados, perdiendo así mucho del parecido que el ciudadano tenía con el presidente.

Rosalba Martínez de Machorro declara bajo juramento que Sergio Amadeo Machorro se resistía a registrarse en el Padrón Electoral. La única razón por la que llevó a cabo el trámite fue porque al ser contratado por la compañía de limpieza Limpelín S.A., se le informó que se abriría una cuenta de banco a su nombre y que su sueldo sería depositado ahí. Para acceder a esta cuenta era necesaria una identificación oficial. Sergio Amadeo presentó su acta de nacimiento y no fue aceptada. Se preguntó cómo podía

ser que la prueba de su nacimiento, avalada en todo momento por su existencia, no fuera lo suficientemente oficial para los banqueros. No contaba con su cartilla pues tenía el pie plano y había sido excusado del servicio militar. Su carta de excusa seguía pendiente. De modo que tuvo que sacar su credencial para votar. (NOTA DEL REDACTOR: Actualmente se considera que es más seguro depositar las nóminas en una tarjeta de débito que entregar efectivo a los empleados, exponiéndolos a asaltos).

UBICACIÓN Y EXTRACCIÓN DEL CIUDADANO MACHORRO

Según los archivos, el Alto Comando de Seguridad comenzó la Búsqueda de Candidatos a Sustituto de Presidente, como se llamó la operación, o BUCASUPRE, por sus siglas, dos meses después del empadronamiento de Sergio Amadeo Machorro. El capitán Aníbal Guerrero fue el responsable de la extracción, que se llevó a cabo un viernes a las 1400 en el edificio de oficinas, ubicado en el Paseo de las Palmas, que a Sergio Amadeo Machorro le tocaba limpiar ese día.

Para cubrir el objetivo real de la maniobra, se simuló un operativo en contra del narcotráfico y el crimen organizado. Diez elementos vestidos de negro, con pasamontañas y armas largas, irrumpieron en el piso cuarto del edificio. Derrumbaron la puerta y el capitán Aníbal Guerrero ordenó a los oficinistas tirarse al suelo mientras se llevaba a cabo la búsqueda de los 1000 kilogramos de cocaína que se hallaban escondidos ahí. Dos secretarías perdieron el sentido debido a la conmoción y el Director General de esa empre-

sa recibió un culatazo que lo descalabró. Los elementos se dispersaron para encontrar a Sergio Amadeo Machorro e instarlo a cumplir con su labor ciudadana.

A las 1435 horas, Machorro no había sido aún ubicado. Todos los empleados fueron interrogados (las torturas fueron de baja intensidad dada la condición de civiles de los interrogados) y ninguno supo dar cuenta del CAS, o candidato a sustituto. A las 1600 horas el capitán Aníbal Guerrero corroboró el informe preparado por la Comisión de Asuntos Presidenciales Confidenciales y, al verificar que el ciudadano Machorro laboraba en el piso catorceavo, y no en el cuarto, ordenó la retirada, la cual se llevó a cabo con la mayor discreción.

Según el testimonio de la comerciante informal Margarita Becerra, los diez elementos y su capitán tomaron un breve descanso a las 1615. Comieron tortas y bebieron Chapparritas. Reacomodaron sus pasamontañas y subieron por el elevador al piso catorce. Para evitar un escándalo como el acontecido horas antes, el capitán Guerrero ordenó a su escuadrón permanecer fuera de las oficinas y exigió silencio absoluto para idear una nueva estrategia de extracción. Pasados cuatro minutos, la puerta de las oficinas se abrió de modo inesperado y de ella emergió una joven mujer. Pasaron algunos segundos de incertidumbre y la mujer hizo ademán de gritar, pero fue incapaz y permaneció con los ojos muy abiertos y la boca, asimismo, abierta. El subteniente Higinio Hernández, premiado anteriormente en misiones semejantes debido a su alta capacidad responsiva en crisis, reaccionó cubriendo la boca de la intrusa y, sin esperar autorización, levantó en vilo a la mujer y pidió el elevador.

Cuando éste llegó, la supuesta secretaria pidió ayuda en un alarido, el cual fue sofocado por las puertas automáticas que, sin tener un rango oficial, actuaron en favor de su gobierno. El ascensor llegó a la planta baja, el subteniente luchaba por mantener a la mujer quieta pero ésta gritaba y pateaba buscando alcanzar, seguramente, las partes nobles de su captor.

Al llegar al sitio en que el subteniente esperaba abordar la camioneta del escuadrón (se trataba de una camioneta blindada y rotulada con el nombre de una compañía falsa, creada por el Departamento de Mercadotecnia y Creatividad de la Presidencia: **Ork-ideas**, *Trabajos de Jardinería a Domicilio*) estacionada horas antes por el rollizo teniente Carmelo Donoso, el subteniente Hernández sufrió tremenda decepción al no hallarla. Mientras tanto, la joven mujer se había cansado ya de oponer resistencia y se dejaba cargar cual doncella en apuros. Hernández volteó a su alrededor y se encontró con la mirada de un vendedor de boletos de lotería. Al preguntarle sin cortesía qué era lo que estaba mirando, el humilde comerciante respondió, sonriendo, que la camioneta había sido retirada por una grúa delegacional, ya que se hallaba ocupando el carril central del Paseo de las Palmas y su ubicación obstaculizaba el flujo vehicular.

Al escuchar tan desalentadoras noticias, Hernández se decidió a situar a la joven mujer en el suelo al tiempo que hacía una ruda observación acerca de su peso. Se sacó el pasamontañas y habló doctamente acerca de los cambios climáticos. La joven mujer, que se llamaba Beatriz Salazar, asintió, a pesar de hallarse ofendida por la previa alusión a sus dimensiones corporales. Preguntó, con gran modes-

tía, si se le autorizaba retirarse. Higinio Hernández sonrió, complacido por la picardía de la ciudadana Salazar y, propinándole un cariñoso azote en la retaguardia, la envió a casa. Después volvió al edificio para reincorporarse a la misión e informarle a su capitán acerca de la pérdida de la camioneta.

Mientras tanto, el capitán Aníbal Guerrero continuaba en enfocada ponderación de sus alternativas. El escuadrón no podía permanecer en la misma posición pues había que prevenir cualquier incidente similar al de la joven secretaria, de modo que el capitán ordenó a su equipo ocultarse en las escaleras, considerando que no serían tan transitadas. Uno de los elementos, el que pudiera pasar más desapercibido, tocaría en la oficina fingiendo buscar al ciudadano Machorro para ofrecerle una cuenta de ahorro para el retiro. Lo guiaría a una esquina solitaria, arguyendo confidencialidad, para a continuación informarle que era requerido por el gobierno. En caso de resistencia, el elemento infiltrado tenía órdenes de comentar que Rosalba de Machorro estaba actualmente secuestrada por BUCA-SUPRE, y que sólo sería liberada si Sergio Amadeo cumplía con su labor. El candidato a sustituto sería encaminado al pasillo, ingresaría en un elevador escoltado por el resto de los elementos armados y abordaría junto con ellos la camioneta que, nadie dudaba, esperaba en el carril central del Paseo de las Palmas.

1700 horas. Los elementos obedecieron a su capitán, retiraron de sus rostros los pasamontañas y, después de un cuidadoso análisis, el capitán eligió al subteniente Fausto "Tapón" Camelo debido a su "jeta más común que corrien-

te, ni siquiera tan pinche como para que alguien voltee a verla” (sic). La reducida altura de Camelo fue un factor decisivo asimismo. El elegido se deshizo de los accesorios que lo identificaban como miembro de las Fuerzas Armadas y le fue proporcionado un maletín que contenía cartuchos de reserva y otras armas y que haría las veces de portafolios. Camelo se encontraba inseguro con respecto a su labor como falso vendedor de cuentas de ahorro para el retiro. Arguyó no conocer a detalle el tema que debía exponer. Su colega, el rechoncho teniente Carmelo Donoso, intervino explicando doctamente los principales beneficios de los Afores. Camelo sugirió la conveniencia de que Donoso fuese el infiltrado. Su moción fue denegada pues la “buena pinta” (sic) del teniente Donoso le haría más sospechoso: el supuesto vendedor tenía que ser, en definitiva, alguien de aspecto insignificante.

El valeroso Higinio Hernández llegó al catorceavo piso y, al no hallar a su equipo es posible que haya formulado todas o alguna de las siguientes hipótesis (NOTA DEL REDACTOR: el elemento X redactó las siguientes hipótesis basándose en prácticas comunes):

a. Hernández y su equipo se habían cruzado en los ascensores y para este momento el capitán y sus compañeros estarían notando la ausencia de la camioneta, pensando así que:

a.1 Hernández tuvo que llevársela de emergencia para transportar a la joven mujer a un lugar seguro.

a.2 Hernández abortó la misión y se retiró con la joven mujer con intención de realizar con ella ominosas actividades.

b. El capitán había decidido abortar la misión por causas de fuerza mayor.

c. Un grupo guerrillero y/o terrorista había secuestrado al escuadrón, incluyendo al capitán Aníbal Guerrero. Esto se había logrado lanzando granadas de gases lacrimógenos desde las escaleras. Si ese era el caso, el grupo terrorista se hallaba en ese momento transportando a sus compañeros por las escaleras, esperando llegar sin obstáculo alguno al estacionamiento del edificio para así disponer de sus rehenes a placer. El capitán y su escuadrón serían violentados o, en su defecto, asesinados. Los órganos de todos ellos serían cosechados y sus cuerpos aparecerían hundidos en tinas llenas de agua helada y cubos de hielo, con los costados cubiertos de toscas costuras.

El subteniente comprendió que la extracción del candidato a sustituto, la seguridad del Presidente Dionisio Casas y el futuro de la nación entera, se encontraban súbitamente en sus manos. Se colocó el pasamontañas sobre el rostro y con un movimiento muchas veces ensayado, desenvainó un cuchillo de caza de cada una de sus botas de combate. Pateó repetidamente la puerta esperando verla caer, pero ésta no cedió con tanta facilidad y reaccionó zumbando, indicándole al visitante que podía pasar. Hernández irrumpió en el espacio corporativo en pos de Sergio Amadeo. La puerta se cerró tras él.

Fausto Camelo removió el sudor de sus sienes con sus pulgares y alisó sus cejas con el remanente del fluido (X declara que Camelo tenía esta extravagancia). A continuación buscó revertir los efectos que el uso del pasamontañas había tenido en su cabellera, de norma sedosa y con un vo-

lumen envidiable. Recibió estoicamente un par de guasas por parte de sus compañeros y se dispuso a salir de la improvisada trinchera. El buen ánimo del equipo se convirtió en recelosa cautela cuando escucharon una serie de golpes muy cercanos. El capitán Guerrero exigió silencio.

Mientras tanto, la recepcionista de las oficinas del catorceavo piso, que se llamaba Dulce Ámbar Aguilar, miraba a Hernández, estupefacta. El subteniente expresó su impostergable necesidad de ser presentado ante el agente de limpieza Machorro. Dulce Ámbar respondió en un susurro, lo cual causó enorme irritación en el ánimo de Hernández, que buscó blandir los dos cuchillos que portaba a modo de amenaza. Sin embargo, estos cayeron al suelo. Dulce Ámbar se levantó de inmediato y en una impecable muestra de su carácter servicial, llegó hasta los pies del belicoso intruso y recogió las navajas, mismas que entregó al subteniente.

El “Tapón” Camelo respiró profundamente mientras miraba la puerta buscando, quizá, una figura obscena sugerida entre las vetas de la madera. Después tocó.

Tanto Dulce Ámbar como el valeroso Hernández sufrieron un sobresalto al escuchar los tímidos golpes en la puerta. La recepcionista, que se encontraba de rodillas flanqueando al subteniente, se volvió para mirarlo y esperó su indicación. Éste le recomendó no abrir.

Camelo tragó saliva. Enderezó su corta columna y tocó la puerta con más firmeza.

1715 horas. Hernández guardó uno de los cuchillos en su bota derecha y sospechó que la misión estaba complicándose. Su carácter le dictó actuar con rapidez y concluir cuanto antes. Los golpes en la puerta sonaron de nuevo. Era posible que los terroristas estuvieran ahí, afuera.

Camelo dejó caer el maletín en un inusitado gesto de derrota.

Dulce Ámbar intentó ponerse de pie y, contra toda expectativa, el tacón de su zapato izquierdo cedió ante la presión de su cuerpo de complexión mediana, y se quebró. La recepcionista perdió el equilibrio y obedeciendo a un básico instinto de supervivencia, se aferró al ancho cinturón del fornido hombre que se erguía a su lado.

Fausto Camelo miró fijamente la puerta por la que debía haber cruzado hacía algunos minutos y seguramente lamentó su cobardía.

Al sentirse atacado, el subteniente Hernández hizo gala de sus años de arduo entrenamiento, aunados a su esforzado carácter, y en instantes tuvo a la atacante sometida con un cuchillo al cuello. Ésta se abstuvo de gritar, pues era de una disposición más bien silenciosa. Una vez pasado el peligro, Hernández resolvió internarse en las instalaciones sin soltar a su agresora; de este modo ningún otro empleado se negaría a cumplir la razonable demanda que el soldado tenía de ser presentado ante Sergio Amadeo. Comenzaron a avanzar y, al constatar que la ciudadana Aguilar era incapaz de caminar con rectitud, el ánimo de Hernández se vio irritado. Le ordenó descalzarse. Avanzaron dejando atrás la recepción para internarse entre las decenas de cubículos. Dulce Ámbar volvió la cabeza para mirar sus zapatos “con un poco de nostalgia” (sic).

El capitán Aníbal Guerrero decidió salir para verificar que todo estuviera en regla. Entreabrió la puerta que lo separaba del pasillo y reptó con sigilo hasta que los talones de Camelo estuvieron a breves centímetros de su rostro. El

subteniente Camelo permanecía inmóvil, condenando el cumplimiento de su misión a una latencia inconveniente a los intereses de la nación. Su falta de valor, aunada a una autoimagen más bien pobre, le llenaron de frustración. Lo anterior provocó un despliegue de violencia dirigido hacia el maletín ubicado en el suelo; éste recibió un puntapié que detonó silenciosamente un cartucho antidisturbios de gases paralizantes.

El capitán Guerrero dispuso de 6.5 segundos previos a su parálisis, mismos que utilizó para estornudar a causa de un exceso de polvo en el suelo. El subteniente Camelo sufrió un sobresalto que le obligó a abandonar el estado de estupor en que se hallaba, provocándole además un severo caso de *singultus*, popularmente conocido como hipo. Al volverse y encontrar en el suelo a su capitán con aspecto inerte, el pánico se apoderó de él. El elevador se detuvo y las puertas se abrieron. "Tapón" solicitó al ocupante detener el cierre de las puertas y saltó al interior del carro para evitar ser vinculado con la escena del crimen. El que había atendido a su petición era un empleado de limpieza, que frotaba con desgano el tablero del ascensor con un trapo medianamente humedecido, presionando con este contacto todos los botones. El descenso sería ostensiblemente más lento de lo que el subteniente habría deseado. Las puertas se abrieron en cada piso y, en el pasillo del cuarto se apretujaba una gran multitud. Se observaban médicos y personas presumiblemente dedicadas a la actividad periodística, que atropelladamente emitían preguntas relacionadas con el previo allanamiento de las oficinas de ese piso.

Una mujer de nombre Leonora Tarragona, aparentemente una reportera, se dirigió al ascensor y preguntó a

sus ocupantes si sabían cuál grupo armado había torturado a todo el personal para después marcharse. El subteniente Camelo guardó silencio y el empleado de limpieza Sergio Amadeo Machorro se encogió de hombros con gesto indiferente y presionó el botón de cierre de puertas sin prisa.

Dentro de las oficinas, Higinio Hernández avanzaba arrastrando consigo a la recepcionista, cuya cooperación con la causa nacional era absoluta. El subteniente decidió comenzar por el área de Nóminas, liderada por Adelo López-Landa. Acercando el cuchillo a la garganta de la supuesta rehén, Hernández exigió ver a Sergio Amadeo Machorro. López-Landa conservaba su apellido doble debido a una no completa certidumbre con respecto a la identidad de su padre biológico, y a causa de una recomendación de su madre (“Los apellidos dobles se ven muy elegantes y eso podía haberle ayudado a mi Adelito en su carrera”, declara la madre del finado, Adela López). El contador mantuvo su astigmática mirada fija en un papel que pretendía revisar (el astigmatismo de López-Landa fue confirmado por su optometrista de confianza). Hernández repitió la pregunta elevando considerablemente el tono de voz y esperando que López-Landa, al que acaba de llamar “empleado de segunda”, le prestara la atención merecida a un militar de su rango. Adelo pestañeó y anunció estar muy ocupado, dando así por terminada la interacción.

Con el ánimo ligeramente irritado, Hernández pasó al siguiente cubículo, perteneciente a una tal Ameyali, como anunciaba un cartel elaborado en tonos rosados y en el que era posible encontrar toda clase de gratas imágenes, tales como conejillos, flores y corazones de distintos tamaños.

El subteniente preguntó amablemente si Ameyali sabía la ubicación de Machorro. La señorita, de apellido Limoneros, sonrió tímidamente y al ver a Dulce Ámbar procedió a interesarse por los avances en su embarazo. La aguda sensibilidad de Hernández le hizo comprender que un héroe de talla nacional no arrastraría a una mujer en estado interesante, menos aún si la mujer iba descalza. Envainó su arma blanca y soltó a la ciudadana Aguilar, que emprendió una calma marcha hacia el sanitario de señoritas en el cual, sin más preámbulo, vomitó.

Los videos grabados por la cámara de seguridad ubicada dentro del ascensor, mismos que llegaron a manos de las autoridades días después de los eventos aquí narrados, demuestran que un sudoroso Fausto Camelo llegó al tercer piso acompañado por Sergio Amadeo Machorro, a quien no había reconocido. El hipo del subteniente no había desaparecido, y su paranoia (crecida debido a las recientes experiencias pero siempre presente debido a la inseguridad inherente a su personalidad, como declaran amistades cercanas) le hacía voltear en dirección a su acompañante cada pocos segundos. Decidió continuar su descenso a pie y abandonó el carro en el tercer piso. Apenas había bajado una docena de escalones cuando sintió en la sedosa cabellera lo que inequívocamente era la precipitación violenta de un escupitajo. Tal agresión le dejó petrificado y, antes de que pudiera reaccionar, reconoció las voces de sus compañeros de escuadrón, que once pisos arriba felicitaban entre risotadas y otras expresiones de la más sana diversión, al primer sargento Gabino "Güero" Montoya, famoso en las Fuerzas Armadas por su naturaleza guasona y por el tono albino de su piel.

En el pasillo del catorceavo piso, el capitán Aníbal Guerrero parpadeaba y sorbía el hilillo de saliva que bajaba por su barbilla. Su cuerpo comenzaba a despertar. Fuentes cercanas aseguran que las reacciones del capitán ante torpezas de este tipo solían ser severas: ese inoperante de Camelo se las pagaría, no cabía duda. Las extremidades de Guerrero aún estaban bajo los efectos del cartucho antidisturbios, y se entretuvo (declara X) eligiendo mentalmente el sabor del agua mineral con la que le lavaría el cerebro a su subordinado.

El CAS Machorro llegó a la planta baja del edificio. Su turno estaba por terminar.

El subteniente Higinio Hernández permaneció inmóvil frente al cubículo de la señorita Limoneros mientras intentaba idear una nueva estrategia. Ameyali irrumpió en el discurso mental de Hernández para decir que no era extraño que el embarazo de Dulce Ámbar le pasara inadvertido, ya que la recepcionista vestía con prendas de fronteras difusas para disimular su estado. Según la madre de Ameyali, Sra. Acacia Limoneros, el consejo de Ameyali para con su amiga siempre había sido que se abstuviera de meterse con alguien del trabajo. “Mi hija nunca entendió qué le veía Dulce al tipo ése”, declara.

1757 horas. Sergio Amadeo llegó a la salida, flanqueada por dos sensores que exigían la proximidad de una tarjeta electrónica, propiedad de cada empleado, para no activar una potente alarma. Sergio Amadeo tanteó los bolsillos de su pantalón y constató la ausencia de dicha tarjeta. Se volvió a mirar al elemento de seguridad y éste negó con la cabeza: no desactivaría la alarma de nuevo debido a su irresponsabilidad (los videos de seguridad demuestran que

el hombre solía desactivar los sensores con cierta frecuencia, sobre todo si la persona que había olvidado su tarjeta era una mujer atractiva). El ciudadano Machorro dio media vuelta y resolvió volver al piso catorce vía ascensor. Probablemente recorrió mentalmente la jornada preguntándose dónde y cuándo pudo haber extraviado la tarjeta. Las puertas del elevador se abrieron.

La respetable tripa de Carmelo Donoso dejó de temblar cuando el teniente cesó sus carcajadas e instó a sus compañeros de escuadrón a hacer lo mismo. El “Güero” Montoya fue el siguiente en recobrar la sobriedad, lo cual tuvo un efecto positivo en el silenciamiento de los demás. Donoso expresó sus preocupaciones en voz alta: ¿Por qué huía del edificio el subteniente Fausto Camelo? Según la estrategia, debía estar dentro de las oficinas o, en su defecto, tener consigo al ciudadano Machorro. Era más que claro que ninguna de las condiciones estaba cumpliéndose. La confusión se apoderó del escuadrón, con el capitán ausente y un subteniente en flagrante huida. Era imperativo definir quién de los presentes era el siguiente en jerarquía. El tema se discutió brevemente, y no fue posible llegar a una conclusión decisiva.

El ascensor que transportaba a Sergio Amadeo se encontraba entre el piso cuarto y el siguiente, a saber, el quinto, cuando el pasajero recordó su encuentro con la recepcionista Dulce Ámbar Aguilar en el sanitario de señoritas. Hacia ahí se dirigió, con la clara intención de hallar la tarjeta electrónica que le permitiría la salida del edificio.

El capitán Aníbal Guerrero se incorporó lentamente y a continuación llevó a cabo un reacomodo rutinario de gó-

nadas. Se apoderó del portafolios abandonado y halló dentro el cartucho que lo había paralizado en medio de la misión más importante de su carrera. Lo lanzó contra la pared, esperando verlo destrozarse. El resistente material no cedió ante esta violencia y cayó al suelo, rebotando un par de veces antes de quedar inmóvil a los pies del colérico capitán.

Sergio Amadeo, a bordo del ascensor, dejó atrás el octavo piso.

Ameyali Limoneros suspiró de nuevo y se expresó con vehemencia, sosteniendo firmemente la creencia de que no todos los hombres son iguales; sin duda había algunos con conocimientos acerca de cómo tratar a una mujer sin dejar de ser machos. Una sólo tenía que encontrarlos. Hernández asintió. La plática era interesante, admitió, pero tenía una misión que cumplir. Se despidió con más afabilidad de la acostumbrada, su coquetería inducida, sin duda, por la dulce esperanza que su interlocutora, la señorita Limoneros, acababa de proferir sin contemplaciones (NOTA DEL REDACTOR: No hay testigos ni evidencia de esta conversación, pero el que redacta supone que pudo haber sucedido como se describe).

El subteniente Camelo pasó entre los sensores de la recepción sin aproximar una tarjeta electrónica dotada de la capacidad de desactivar la alarma, por la que ésta se hizo presente con singular violencia. El elemento de seguridad que minutos atrás había negado la salida a Sergio Amadeo Machorro, admite haber levantado la mirada en el momento en que “un chaparrito de negro” salía corriendo del edificio. Admite haberse sentido incapacitado, tanto física como moralmente, para perseguir al transgresor, por lo cual desac-

tivó la alarma y continuó con su lectura del número 86 de la serie ilustrada *Hembras Calientes*, “un clásico”, declara.

1800 horas. Dando por terminado el incidente con el cartucho paralizante, el capitán Aníbal Guerrero se dispuso a reencontrarse con sus hombres para exponerles la nueva estrategia de extracción, cuyas posibilidades de fracaso consideraba nulas. Se dirigió a las escaleras y al abrir la puerta se halló frente a una inusual escena.

El ciudadano Machorro llegó al onceavo piso y el ascensor se detuvo para dar entrada a una mujer con un niño en brazos. La mujer profirió un par de frases al tiempo que sonreía tímidamente. A Sergio Amadeo no podía importarle menos, a juzgar por su expresión facial (inmortalizada por la cámara de video del ascensor).

Fuentes directas aseguran que Fausto Camelo tuvo una infancia sufrida, una adolescencia solitaria y un carácter mal dotado tanto para proferir órdenes como para seguirlas. Su adultez bien podría calificarse de inconsecuente. Se hallaron evidencias indicativas de que dos meses antes de su participación en la operación gubernamental BUCASUPRE, el subteniente conoció a una mujer ecuatoriana a través de un cuarto de conversación virtual o *chatroom*. La mujer había quedado prendada de la fragilidad y las ordinarias facciones de Camelo y había prometido visitarlo exactamente cuatro días después de la jornada que se narra en este documento.

El “Tapón” Camelo, en flagrante huida, se precipitó a la avenida y fue arrollado por una camioneta de Porvenir, una importante compañía en cuanto a cuentas de ahorro para el retiro (Afores) se refiere. Murió casi instantáneamente.

El capitán Guerrero decidió estudiar con prudencia la escena antes de proferir un juicio definitivo acerca de la imbecilidad de los miembros del escuadrón que lideraba. Estaban de pie, todos con los pantalones en las rodillas. Cada uno sostenía su pene con delicadeza y miraba el bastión viril de ora un colega ora otro, en evidente búsqueda de un dato determinante y específico. El capitán, cuya presencia era aún inadvertida, permaneció en atónito silencio, su cólera apaciguada por una morbosa curiosidad. El “Güero” Montoya emitió el siguiente cuestionamiento: ¿No era un mejor parámetro la circunferencia de los testículos? Sin duda era ahí donde residía el valor de un hombre y no en el largo de su falo. La decisión de cuál de ellos debía estar a cargo en ausencia del capitán debía basarse, por tanto, en el diámetro de las criadillas. O en su peso, intervino Carmelo Donoso, cuyos genitales se agazapaban prudentemente bajo su prominente tripa.

El valeroso Higinio Hernández comenzó a recorrer los pasillos del espacio empresarial con sigilo. Ya era suficiente: encontraría a ese criminal costase lo que costase, aun sin contar con asistencia de ningún tipo (NOTA DEL REDACTOR: No se sabe si el subteniente consideraba a Sergio Amadeo Machorro un criminal). Se encontró frente a una puerta cerrada y sospechó que la conspiración se llevaba a cabo ahí dentro. Se apoderó de uno de sus cuchillos y entornó la fiera mirada.

El empleado de limpieza esperó mientras la mujer que llevaba un niño en brazos bajaba del ascensor en el doceavo piso. Se le veía impaciente. Dulce Ámbar Aguilar declara que a Machorro el hambre le tornaba irritable, y que

le desagradaba sobremanera pasar tiempo en su lugar de trabajo una vez terminado su turno.

1805 horas. La curiosidad de Aníbal Guerrero dio paso a una cólera que el elemento X califica de brutal. Aparentemente profirió un enérgico insulto plural e inmediatamente procedió a dosificar insultos individuales a sus subordinados. ¿Acaso no sabían lo que parecían parados ahí, con sus míseros pitos expuestos y analizándose los huevos los unos a los otros? Sobresaltados, los miembros del escuadrón procedieron a almacenar sus bienes masculinos a toda prisa. El subteniente Arancio Mónclave, debido a la ansiedad del momento, cerró la cremallera de su pantalón atrapando entre sus dientecillos un considerable retazo de su flácida hombría. Hizo acopio de una valentía mayor, en proporción, a la longitud de su pene o el peso de sus testículos, y sofocó el grito de inconmensurable dolor que cualquiera habría soltado en situación semejante. Segundos después todos se sentían visualmente atraídos a la zona de desastre, al tiempo que eran presas de una sólida empatía.

El subteniente Hernández abrió la puerta con una poderosa patada y se encontró ante dos hombres: uno desconocido, de aspecto afable, y Adelo López-Landa, el director del área de Nóminas. Éste último tenía el rostro húmedo y en ese justo momento se limpiaba la nariz con la manga de su saco, como haría una persona que, hundida en la desesperación, pierde toda dignidad para buscar la compasión de un superior en jerarquía. No era necesario contar con una sensibilidad tan aguda como la del subteniente para comprender que la compañía había decidido prescindir de López-Landa y que éste tendría que continuar

su brillante carrera como contador en otro lugar. Hernández enfundó su arma y a continuación opinó que Adelo era, de hecho, un empleado de segunda. El desconocido de la sala de juntas se encogió de hombros ante la observación del subteniente Hernández y éste último abandonó la sala y cerró la puerta tras de sí.

Machorro llegó al piso catorce y notó una inusual pieza de desperdicio en el suelo. No consideró su deber hacerse cargo de ella. Tocó la puerta del espacio corporativo y Dulce Ámbar presionó el botón que le permitiría a su amante la entrada. ¿Por qué había vuelto?, cuestionó, albergando, como ella misma declara, una tibia esperanza romántica. Sergio Amadeo explicó que había extraviado su tarjeta de salida y la recepcionista hizo gala de toda su coquetería al extraerla de su escote de modo sugerente. La había hallado en el sanitario de mujeres. Sergio Amadeo la tomó y se dio la media vuelta.

Contra toda expectativa, el capitán Guerrero resultó tener una vena compasiva y esto, aunado a la repugnancia que le provocaba el acelerado cambio de color en la piel genital de Mónclave, le llevó a la siguiente determinación: nadie tocaría al subteniente herido, que debía permanecer tendido sobre las escaleras con los pies hacia arriba, para reducir la circulación de sangre. El resto del equipo bajaría, saldría del edificio y permanecería agazapado al pie de la escalinata, esperando a que el candidato a sustituto de presidente abandonase el espacio corporativo, pues como claramente indicaba el informe, la hora de su salida había acaecido hacía breves minutos. Una vez tuvieran prisionero a Machorro y hubieran abordado la camioneta del escua-

drón, uno de los miembros, indefinido aún, le indicaría a Mónclave (vía SMS) que era hora de arrastrarse hasta el ascensor para llegar a la camioneta y ser depositado en la clínica del Seguro Social. Antes de proceder, el capitán quiso saber si alguien había visto a Fausto Camelo o a Higinio Hernández. Nadie respondió afirmativamente. Guerrero respiró hondo y comprendió que había que continuar. Arancio Mónclave se tendió como le fue indicado y cubrió su vergonzosa lesión. No emitió una sola queja. El capitán se acomodó el pasamontañas y sus hombres lo imitaron. Comenzaron a bajar las escaleras a paso veloz.

A causa de su embarazo, Dulce Ámbar Aguilar había sufrido de náuseas y de un ánimo irritable todo ese día. Había sido tomada rehén como parte de un operativo gubernamental y uno de sus zapatos había sufrido un irreparable percance. Finalmente, Sergio "Amanteo", como ella le llamaba, había reaccionado más que pobremente ante su intento de seducción más reciente. Estas circunstancias provocaron que la secretaria sufriese un arrebato de cólera. Tras ver salir a Machorro de la oficina, se calzó sus tacones, se puso de pie y lo llamó por su nombre con el tono de voz propio de la hembra desairada. Le siguió hasta el pasillo, permitiendo así que la puerta de la oficina se cerrara tras ella. Mientras, "Amanteo" presionaba con desesperación el botón de llamado del ascensor.

La refinada audición de Higinio Hernández captó el nombre de su presa con cristalina claridad. Miró a su alrededor y se dirigió con sigilo al área de donde provenía el llamado. El sudor salía de sus poros para ser absorbido por el pasamontañas y sus manos temblaban cuando se apoderaron de los cuchillos enfundados en las botas.

El ascensor se presentó en el catorceavo piso, para beneplácito de Machorro. Dulce Ámbar buscó retener a su ingrato amante aferrándose a su chaqueta. Forcejearon.

1810 horas. El subteniente Hernández se irguió ante la salida, pues de ahí provenían los gritos. Respiró hondo y se dispuso a encarar al enemigo que sin duda le esperaba a tan sólo unos pasos. Al observar la puerta, creyó distinguir una figura obscena sugerida entre las vetas de la madera.

Sergio Amadeo dio un decisivo paso al interior del ascensor y Dulce Ámbar lo siguió para reprenderlo duramente. El previo desprendimiento del tacón de su zapato, aunado a la tensión del momento, provocó que la secretaria tropezara. Su desencanto no pudo ser mayor al notar que el otro zapato, que hasta el momento había conservado su integridad, había quedado atorado entre el ascensor y el pasillo. Expresó su frustración a través de una retahíla de insultos dirigida a Sergio Amadeo que era, sin duda, inocente en cuanto al insólito incidente de calzado se refiere. Ante la inminencia del cierre de puertas, Dulce Ámbar intentó liberar a su apesado zapato, no sin antes retirar su pie del mismo. Forcejearon.

El capitán y sus hombres llegaron a la planta baja. El elemento de seguridad de la recepción desactivó la alarma para permitirles una salida discreta. Bajaron la escalinata y se desplegaron siguiendo las órdenes de su máximo dirigente.

El "Güero" Montoya fue el primero en notar que el Paseo de las Palmas se encontraba bloqueado por la presencia de ambulancias y periodistas de la nota roja. Un cuerpo yacía en el suelo, había sido cubierto para proteger su identidad. A su lado se encontraba una camioneta de la

compañía especializada en Afores, Porvenir. Por su parte, el teniente Carmelo Donoso notó la ausencia de la camioneta que él mismo había estacionado horas antes en el carril central de la avenida.

Hernández abrió la puerta y vio a su antigua rehén hincada en el suelo, frente al ascensor, llorando y con expresión azorada.

Sergio Amadeo decidió que ya era suficiente y, de un jalón, recobró el zapato de Dulce Ámbar para a continuación empujarla de modo que dejase de bloquear el cierre de puertas del ascensor. Gritó: “Ahí va”, y lanzó la pieza de calzado.

El subteniente Hernández escuchó a Machorro y al tiempo notó un objeto volador. Inmediatamente después advirtió en el suelo lo que, sin duda, era una granada. Gritó “bomba” y se lanzó al suelo. Los ocupantes del espacio corporativo escucharon el bélico anuncio del subteniente y procedieron a huir del peligro que amenazaba sus vidas.

Machorro exigió el cierre de puertas al tablero electrónico y éste obedeció con lentitud.

Al ver el pasillo tan lleno de ciudadanos inocentes, el subteniente Hernández tomó la granada y la lanzó hacia el elevador que, luego de admitir a la emergente pasajera, cerró definitivamente su entrada y comenzó el descenso.

Antes de abandonar su escritorio, Ameyali Limoneiros, ejemplo de buena voluntad, llamó a la recepción del edificio para solicitar el encendido de la alarma de evacuación, para que la población total del edificio salvara la vida. A continuación despegó el cartel que adornaba la entrada de su cubículo y lo guardó en su bolsa. Llamó a su madre

para reiterarle su cariño, miró a su alrededor con expresión nostálgica y salió a buscar a Dulce Ámbar, que sin duda requeriría de asistencia durante la evacuación debido a su estado interesante.

Sergio Amadeo vio caer la granada a sus pies y cerró los ojos con fuerza. Sin duda creyó haber llegado al final de sus días.

Las luces del edificio se apagaron y una intermitente alarma invadió los 16 pisos. Los cerca de 1500 empleados corrieron hacia los pasillos y procedieron a bajar por las escaleras, atropellándose entre sí y dejando a las mujeres y a los más débiles atrás. Contrario a lo solicitado en estos casos, ni un solo individuo mantuvo la calma.

Ameyali halló a su amiga hincada en medio de la multitud y la obligó a levantarse, recoger sus zapatos, y unirse a la masiva deserción.

El capitán Guerrero aguzó el oído y determinó que, en efecto, la alarma provenía del edificio que patrullaban. Subió la escalinata para averiguar más al respecto y notó que una multitud se dirigía hacia la salida de modo abrupto. Sergio Amadeo Machorro aprovecharía la distracción para huir de su deber ciudadano. Esto preocupó al capitán en un grado superlativo.

El ciudadano Machorro temblaba cuando asestó una tímida patada a la supuesta granada. De pronto, el ascensor se detuvo entre el piso doceavo y el onceavo y las luces se apagaron.

Leonora Tarragona y su camarógrafo, el joven Celestino Luna Gachopi, se hallaban aún en el cuarto piso cuando escucharon la alarma. La intrépida reportera, al escuchar

que el aviso de bomba provenía del catorceavo piso, avanzó en contraflujo para obtener la exclusiva de primera mano. El camarógrafo aprovechó el tumulto para desaparecer entre la multitud y acercarse a la salida mientras Tarragona se descalzaba para facilitar el ascenso de los diez pisos que la separaban del reportaje más determinante de su vida.

El subteniente Higinio Hernández permaneció con la frente en el suelo hasta que el pasillo se hubo vaciado. La alarma continuaba instando a todos los honrados oficinistas a proceder a la salida, pero Hernández aguzó el oído esperando escuchar la explosión de la granada que había estratégicamente aislado dentro del ascensor que contenía a Sergio Amadeo Machorro. Un par de minutos después era evidente que la explosión había sido detenida, y que el elusivo Machorro poseía el conocimiento suficiente para desactivar su propia granada sin herramientas y en la oscuridad. Hernández sabía mejor que nadie que aquella era una operación delicada y no pudo sino asombrarse de la calidad de contrincante que se le presentaba.

Según los sonidos archivados en la cámara de seguridad (que seguía rodando, aun en la penumbra), Sergio Amadeo agitó y lanzó el cartucho vacío contra las paredes de su confinamiento, pensando seguramente que si estallaba, pues estallaba.

El capitán Guerrero, líder de la operación BUCASUPRE, temió por el éxito de ésta cuando notó que la multitud salía en estampida. Había que detener a los ciudadanos y evitar que Machorro huyera. Así lo informó a tres de sus hombres, los cuales de inmediato se dirigieron a la puerta de entrada y la bloquearon, blandiendo sendas armas para promover la obediencia entre los buenos ciudadanos.

El subteniente Arancio Mónclave pereció durante la evacuación del edificio situado en el Paseo de las Palmas. Sus últimas palabras, grabadas por la reportera Leonora Tarragona, fueron: “Yo sólo sigo órdenes”. El reporte del médico forense, el cual indica detalladamente la causa de muerte, permanece cerrado al público, como algunos otros documentos referentes a este caso. El capitán Aníbal Guerrero, al ser interrogado al respecto, comentó en un lenguaje coloquial y propio de su temperamento, que la última vez que vio al subteniente Arancio “tenía roto el pito” y que seguramente “las doscientas personas que le pasaron encima le rompieron los huevos también, y todo lo demás”. El Alto Comando tomó este discurso como una metáfora de falta de valor y, al enterarse de la aparente disfunción en los órganos genitales de Mónclave, mismos que en esferas como la militar suelen determinar la valentía de un hombre, decidió degradar al subteniente póstumamente. La deslealtad de Arancio se vio confirmada por el hecho de que se encontraba en el catorceavo piso en vez de en la entrada del edificio, como el resto de su escuadrón. El Alto Comando no consideró necesario llevar a cabo investigaciones ulteriores. Arancio Mónclave fue incinerado para evitar a sus allegados la visión penosa de sus restos mortales.

Con la certidumbre de que su escuadrón había sido asesinado o secuestrado, y en miras de que se enfrentaba a un refinado criminal, el subteniente Higinio Hernández decidió llamar al Alto Comando para solicitar un refuerzo. Él era el único que sabía la ubicación exacta de Sergio Amadeo Machorro. Había que actuar con presteza, antes de que el criminal encontrara el modo de huir de su cautiverio. Her-

nández irrumpió en las oficinas vacías y buscó el teléfono más cercano. Llamó al Alto Comando y nadie respondió. Ligeramente irritado, pateó un bote de basura. Llamó de nuevo, sólo para obtener el mismo resultado.

Sergio Amadeo dejó de lanzar el inservible cartucho y permaneció en silencio para sumirse, con toda probabilidad, en una profunda introspección, promovida por la oscuridad y la soledad. Debe haber ponderado su ilegítima relación con Dulce Ámbar y considerado que estaba complicándose más de lo deseable. Estas reflexiones deben haberle distraído de la posibilidad de hacer sonar la alarma de emergencia del ascensor.

Al ver que sus compañeros eran llamados a la acción, el resto del escuadrón se levantó para reforzar la barrera que evitaba el paso de los oficinistas al exterior. Estos comenzaron a amotinarse y a protestar, utilizando expresiones que atentaban contra las buenas costumbres y vociferando que la bomba estaba a punto de estallar. La turba fue ganando centímetros.

Después de llamar tres veces más y volcar con sus potentes patadas otros tantos contenedores de desperdicios, el subteniente Hernández comenzó a recorrer el territorio corporativo. Las personas habían dejado múltiples efectos personales; estos incluían dinero en efectivo, Carteras, sacos y bufandas, teléfonos celulares y misceláneos. El subteniente tomó unos segundos para cavilar acerca de los hechos de aquél día y basándose en una lógica irrefutable y en las prácticas comunes de su escuadrón, tomó a modo de compensación algunos objetos de valor. Su fisonomía reveló una leve decepción al no hallar en su lugar el cartel de la

señorita Limoneros. Es posible apreciar una obra estética de discreta belleza sin por ello atentar contra la afanosa virilidad de uno.

Leonora Tarragona acercó la grabadora al desfigurado rostro de Arancio Mónclave con cuidado de no ensuciarla de sangre y otros fluidos. Esperaba, sin duda, registrar alguna frase adicional o, si la buena fortuna así lo quería, el justo momento en que el subteniente había de exhalar por última vez. Cuando la muerte de Mónclave se perfiló como un hecho silencioso, la reportera Tarragona se calzó sus zapatos de tacón y tomó asiento junto al cadáver. Sacó de su bolso un paquete de Marlboro, e ignorando tanto la alarma de emergencia como el aviso de que el tabaco causa enfisema pulmonar, resolvió disfrutar de un cigarrillo.

Los ciudadanos que laboraban en el edificio se encontraban en la recepción, o en las escaleras que conducían a ella. La intermitencia de la alarma había causado un efecto negativo en el ánimo general, y la barrera formada por el escuadrón del capitán Guerrero se debilitaba. El grupo de periodistas que antaño reportaba el atropellamiento de Fausto Camelo, se percató de lo que acontecía y se hizo presente en la escalinata del edificio. La discreción con la que se había desdoblado la operación BUCASUPRE, se vio comprometida en este momento específico.

El mermado escuadrón, enfrentado a la intransigente turba y desconcertado a causa de los continuos destellos de luz provenientes de las cámaras fotográficas de los reporteros, resintió los estragos del arduo día de batalla y no pudo evitar la fuga de un grupo de ciudadanos. El capitán Aníbal Guerrero retrocedió y desenfundó su arma para a continua-

ción indicar a los disidentes que debían permanecer detrás de la barrera so pena de recibir un merecido disparo.

Dado que la alarma de evacuación continuaba emitiendo su mensaje, Leonora Tarragona resolvió emprender la retirada, no sin antes apagar su cigarrillo sobre el desfigurado rostro de Arancio Mónclave, al que la reportera daba por muerto. El edificio estaba designado, después de todo, como área de no fumar.

El uniforme militar, pudo comprobar Higinio Hernández, presenta un vanguardista diseño que ofrece al usuario amplios espacios de almacenamiento. Tales facilidades complacieron al subteniente en gran manera, y continuó su recorrido por las oficinas.

El efecto que causa el tabaco encendido sobre la piel es conocido, o puede ser fácilmente intuido, por el ciudadano común. Así, el lamento emitido por el agonizante subteniente Arancio Mónclave, "El Rancio", para los amigos, debe ser condonado por el público, y no considerado una muestra de cobardía. Leonora Tarragona dejó caer el cigarrillo a causa del sobresalto. Una vez repuesta, buscó entre sus efectos personales la pequeña grabadora con la renovada esperanza de registrar algún trágico suceso.

El subteniente Hernández interrumpió su búsqueda de calculadoras y celulares al escuchar un alarido. Se precipitó al lugar del que provenía y notó que su agilidad estaba notablemente limitada por el peso de los diversos objetos que llenaban sus bolsillos. Abrió la puerta que lo separaba de las escaleras y distinguió la silueta de un hombre tendido. Se trataba del "Rancio" Mónclave, que gustaba de utilizar agujetas grisáceas en vez de las negras de rutina.

La puerta se abrió y la reportera se puso de pie: seguramente alguien venía a instarla a abandonar el edificio. Tomó su bolso y comenzó a bajar lentamente. Estuvo a punto de resbalar a causa de un charco de sangre sin duda perteneciente al soldado que minutos antes había dicho la insulsa frase “Yo sólo sigo órdenes”, y que acababa de morir en silencio por segunda vez ante la expectante grabadora. El desdén y falta de apoyo que sujetos como Mónclave manifiestan para con el deber informativo de la prensa, resultó enfurecedor para Tarragona. El cadáver recibió una patada de su zapato de tacón a modo de represalia.

Hernández atestiguó cómo, después de masacrar a su colega al punto de la desfiguración, la agente terrorista lo pateaba con una pieza de calzado que se apreciaba exquisita y de excelente calidad. Esa mujer era, sin duda, colaboradora de Sergio Amadeo Machorro, y si se encontraba en el catorceavo piso en vez de fuera del edificio, era porque Machorro le había informado, desde el interior del ascensor, que había tenido éxito en desactivar la granada que él mismo había lanzado y que, en un despliegue de genialidad estratégica, Hernández le había arrojado de vuelta para protección de los ciudadanos que, ignorantes como siempre de los sucesos, laboraban como si se tratara de un día cualquiera. La cólera que dominaba al subteniente ante el asesinato de “El Rancio” se vio aumentada por el descarado de la delincuente, que bajaba sosegadamente. Debía tener un as bajo la manga, consideró Hernández con su sagacidad habitual, un contacto en altas esferas políticas que le permitiría huir de las garras de la ley. De otro modo no aparentaría esa ecuanimidad, rayana en el aburrimiento. El subteniente comprendió que se enfrentaba a la líder de la agrupación

que probablemente había masacrado no sólo a Mónclave, sino a todo su escuadrón.

Al llegar frente a Hernández, Leonora Tarragona se recargó en su hombro para acomodarse el zapato de tacón. Ya voy, repitió, antes de que el hombre, presumiblemente un velador, insistiera en que Leonora abandonara el edificio.

Hernández se estremeció por la sangre fría de la mujer; comprendió que había que hacer justicia o, de otro modo, ésta se perdería como siempre en los vericuetos de la burocracia. Tomó el brazo de la terrorista y lo torció con intención de quebrarlo, pero ésta respondió con presteza y lo golpeó en la cara con un bolso de mano lleno de pesados objetos.

Hay quienes se aprovechan de cualquier situación para hacer de las suyas, pensó Tarragona. A ella no iba a violarla nadie, mucho menos un velador de quinta y en un emplazamiento tan desagradable. Volvió a golpearlo con su bolso y comenzó a bajar las escaleras a buena velocidad. Metros atrás, el velador la seguía. Tarragona no ignoraba los efectos que sus atributos físicos podían causar en el sexo opuesto, pero le parecía que su negativa había sido más que contundente y que las circunstancias desfavorecían el cortejo. Sin mirar atrás, continuó bajando.

Por sobre el bullicio de la multitud se alzó la autoritaria voz del "Güero" Montoya, el cual propuso a su capitán que dejaran salir a las mujeres del edificio, lo cual reduciría sensiblemente el tamaño de la turba. De cualquier modo, adujo, el género del candidato a sustituto de presidente estaba claramente documentado como masculino.

La atmósfera dentro del ascensor comenzaba a ser sofocante, y a Sergio Amadeo Machorro le provocó dormir una siesta.

El subteniente Hernández seguía a la señorita Tarragona a corta distancia. La ventaja se mantuvo inamovible hasta el noveno piso, en que la supuesta terrorista se descalzó, optimizando así su descenso. No cabe duda de que Higinio maldijo al número de agendas electrónicas alojadas en los amplios compartimientos de su uniforme, así como a los celulares y las monedas que le dificultaban el avance. Aferrado al barandal, se desplazaba procurando no perder los objetos que apoyarían a la economía familiar a través de la gestión magistral de Victorio Hernández, su primo hermano e incipiente capo de la reventa en la colonia Pantitlán.

La insistencia del torpe velador puso a la reportera en estado de alerta. Con los finos zapatos en la mano, brincaba los escalones por pares. Logró extraer la grabadora de su bolso y activó el sistema de grabación. Procedió a narrar la persecución: si algo pasaba, al menos tendría un valioso testimonio que más tarde podría ser comercializado.

El capitán Aníbal Guerrero accedió a liberar a las hembras en cautiverio. El "Güero" Montoya verificaba el género de la aspirante por medio de una rápida exploración, para después permitirle la salida. Después, la fémina se enfrentaba al acoso mediático y hallaba la salvación en el exterior. El tamaño de la turba disminuyó sensiblemente. Dejando de lado toda galantería, el personal masculino expresó su descontento ante la situación haciendo uso de palabras soeces y obscenos gestos.

Al cabo de tres minutos, el subteniente y la reportera se encontraban a pocos escalones del primer piso.

Dulce Ámbar se hallaba en un frágil estado emocional y sus acciones eran guiadas por la señorita Limoneros,

que en esta ocasión la tomó del brazo para llevarla al frente de la fila de mujeres a ser sondeadas. Los agudos codos de Ameyali no discriminaban género, raza ni edad: amedrentaban a todo el que obstaculizara el camino de las dos damas. El esforzado avance llevó a la pérdida del defectuoso zapato de la ciudadana Aguilar. Intentar recuperarlo era una idea inconcebible dada la violencia de la turba y la inutilidad de la pieza de calzado.

El "Güero" Montoya estiró los dedos de sus manos emulando el gesto de quien se prepara para una pelea. Satisfecho con el crujido de sus falanges, continuó con la labor que se le había encomendado: palpar con firmeza los torsos de las féminas que habían de ser liberadas, a fin de comprobar la autenticidad del género que clamaban representar. Su total devoción por la labor militar pudo apreciarse en la amplia sonrisa que por instantes iluminó su rostro. Si la exploración preliminar no le brindaba resultados concluyentes, Montoya procedía a una indagación más profunda. En total, el primer sargento llevó a cabo 345 de estas indagaciones y no encontró a ningún varón encubierto.

Después de insistir con vehemencia en la evacuación del personal del edificio, la alarma cesó a causa de una falla mecánica, según indicaron investigaciones posteriores.

Leonora Tarragona irrumpió en la recepción en el momento exacto en que la alarma callaba. En un ácido tono de voz, anunció que el velador la perseguía con la intención de gozar violentamente de su cuerpo. Sin tardanza, el capitán Aníbal Guerrero apuntó su arma hacia la puerta de la que saldría el profanador de un momento a otro. La multitud se apartó del camino que seguiría la bala, y en segundos

se vio dividida en dos grupos. En el nuevo pasillo descansaba, imparable, el zapato de la secretaria preñada.

El subteniente Hernández aterrizó en el centro del pasillo creado por la multitud dividida y el capitán Guerrero disparó. En declaraciones posteriores Aníbal Guerrero admitió no haber reconocido a su subordinado debido a un avanzado caso de daltonismo. Las pruebas oftalmológicas realizadas en la unidad médica de las Fuerzas Armadas confirmaron que, en efecto, el capitán era daltónico.

Higinio Hernández esquivó la bala y corrió hacia la barrera formada por sus compañeros.

El teniente Carmelo Donoso reconoció en la regordeta figura a su colega Higinio Hernández y solicitó un alto al fuego. La multitud observaba, atónita.

La impetuosa carrera de Hernández se vio interrumpida por el zapato de su antigua rehén, Dulce Ámbar. Debido al tropiezo, el subteniente voló por los aires y cayó al suelo. Los efectos personales de los oficinistas se escabulleron de los espacios de almacenamiento del uniforme militar. Cierta contador fue golpeado en la sien por su propia calculadora científica y, como estrategia de supervivencia, se lanzó al suelo. Los asalariados que le rodeaban optaron por tomar la misma acción y, segundos después, la totalidad de la turba se encontraba hincada o en cuclillas. Al constatar que no se trataba de un ataque, el contador, que se llamaba Isidoro Vaca, examinó la calculadora y anunció en voz alta que le pertenecía. Los desorientados trabajadores miraron a su alrededor y reconocieron como suyos celulares, agendas electrónicas y otros objetos de valor esparcidos en el suelo.

El remanente del escuadrón estaba paralizado: la reaparición del subteniente Hernández había sucedido de manera insólita. Aníbal Guerrero apuntaba su arma ora a Hernández ora al empleado que en el momento clamara propiedad sobre algún objeto. El resto del escuadrón desenfundó e imitó a su capitán.

Leonora Tarragona aprovechó la masiva distracción para escabullirse, con la esperanza de hallar entre los reporteros a su camarógrafo. Seguramente Luna Gachopi había documentado la totalidad del evento y, aunado a su crónica sobre la irrupción de terroristas enmascarados en el cuarto piso, la entrevista exclusiva con el finado Arancio Mónclave, y el vivencial relato de la persecución de que la misma reportera había sido objeto, Tarragona tenía la llave para un ascenso, para un Púlitzer, incluso.

Se podría decir que Adelo López-Landa, ex director del área de Nóminas de su empresa, había tenido un día difícil. Durante el proceso de su despedido, un hombre enmascarado había irrumpido en la sala de juntas para llamarlo “empleado de segunda”; a través del pasamontañas del intruso, la sentencia había sonado irrefutable. A continuación había procedido a reunir sus pertenencias en una caja y a despedirse. La indiferencia de sus compañeros de trabajo ante su partida le hizo dudar de las cualidades sociales de que su madre hacía gala desde el mismo nacimiento de Adelo. Después había sufrido un ataque de asma al escuchar la alarma y había procedido a la evacuación, dejando su caja en su antiguo cubículo. Era evidente que nunca podría volver a la oficina por sus objetos, entre los que se contaba un fino portarretratos que exhibía la imagen de su

querida madre. Al ver al enmascarado desplomado en el suelo, López-Landa se aproximó con paso lento y ante la mirada de la multitud, le pateó furiosamente el costado. Hernández hizo amago de levantarse, pero el contador volvió a atacarlo.

El primer sargento Gabino Montoya se volvió hacia su capitán, esperando instrucciones. Aníbal Guerrero seguía apuntando de un lado a otro. Su frente y sus sienes estaban bañadas en sudor.

Isidoro Vaca, también contador de profesión, comprendió que el enmascarado derribado había aprovechado la evacuación para hacerse de su calculadora científica, y se unió al vapuleo. Antes de que el escuadrón pudiese reaccionar, Hernández era violentado por decenas de asalariados rabiosos. Quien no tenía interés en descargar las numerosas frustraciones atribuibles a la crisis económica y política, los radicales cambios climáticos y los eventos de aquel día en particular, avanzó sin obstáculo hacia la salida del edificio. Algunos individuos concedieron breves entrevistas al medio de su predilección y se retiraron.

Cuando el capitán Guerrero notó que la situación estaba por adquirir dimensiones de escándalo, identificó a los principales instigadores de la golpiza, apuntó con su arma de fuego y disparó. Sus subordinados lo imitaron de inmediato.

NOTAS DE PRENSA

Periódico *La Prensa Objetiva*:

CONTADOR FRUSTRADO

ASESINA A SOLDADO DURANTE SIMULACRO

Un simulacro de evacuación en un edificio de oficinas del Paseo de las Palmas se convirtió en una tragedia cuando Adelo López-Landa, un contador de segunda, perdió la cordura y se entregó a un frenesí que dejó un saldo de 23 civiles heridos y un soldado muerto. Después de golpear indiscriminadamente al subteniente Higinio Hernández, López-Landa le disparó en la cabeza para después quitarse la vida por medio de tres disparos en el estómago. “Él (Hernández) era un soldado dedicado al bien de esta patria”, comentó Victorio Hernández, primo hermano del fallecido, con lágrimas en los ojos, “todos en la familia estamos muy tristes”.

Periódico *El Metrónomo*:

ENCUENTRAN A “NARCOREPORTERA”

EN PEDAZOS

En la cajuela de un sedán alemán blanco del año 1998 encuentran el cuerpo descuartizado de una reportera del periódico *Mundo Hoy*. Las autoridades afirman que el asesinato de la mujer estuvo relacionado con las drogas, pues para sorpresa de familiares y compañeros de trabajo, la fallecida utilizaba su profesión como frente para dedicarse al nar-

Relatos de impunidad

cotráfico y otras actividades ilícitas. “Siempre es triste ver un cuerpo femenino en tal estado”, afirmó el oficial Genaro Gorroso, encargado de la investigación, “pero se trataba de una criminal, al fin y al cabo, y no hay por qué llorarla”, puntualizó.

Periódico *La Imprenta*

HÉROE CONTROLA INCENDIO

En la madrugada de ayer, un incendio espontáneo pudo haber provocado la pérdida de importantes documentos de las Fuerzas Armadas. El primer sargento Gabino Montoya, que se encontraba por casualidad trabajando en una oficina cercana al Archivo, percibió el olor de papel quemado. Acudió al lugar del que provenía el olor y extinguió el incendio por sí solo. “Hice lo que cualquiera hubiera hecho”, comenta Montoya (*en la foto*), quien se hizo acreedor a una medalla por Valor Bajo Fuego a causa de su hazaña. Gracias a la oportuna intervención del sargento, sólo se perdió una serie de documentos relacionados a un simulacro. “Nada realmente importante”, comenta el vocero oficial de las Fuerzas Armadas.

Periódico *Insurgentes*

NO QUIEREN TRABAJAR

Durante una entrevista, el Secretario de Trabajo, Salvador Aparicio Torres, sugirió que el problema con el trabajo en México no tiene que ver con el desempleo, los bajos salarios, las pésimas condiciones para laborar o la desigualdad, sino con la pereza de la gente. “En este país la gente no quiere trabajar. Siempre van a culpar al gobierno, pero hay que ver casos como el de Palmas para entender que nuestra pobla-

ción es floja. Para bien o para mal, tenemos que aceptarlo”, lamentó. El Secretario se refería sin duda al edificio del Paseo de las Palmas que permaneció cerrado cuatro semanas después de que un empleado llevara un arma de fuego y amenazara con asesinar a dos secretarias, una de ellas embarazada. El empleado estaba a punto de ser arrestado por la Unidad de Granaderos cuando saltó desde el catorceavo piso. Su cadáver fue arrollado por una camioneta de Porvenir, una importante compañía en cuanto a cuentas de ahorro (Afores) se refiere. Al volver a sus labores habituales, las numerosas empresas ubicadas en el espacio corporativo vieron reducido el número de su personal. Algunos directivos afirmaron que muchos de sus empleados no volvieron a sus puestos, y que al intentar contactarse con ellos, parecía que habían “desaparecido de la faz de la tierra”. Un reportaje publicado días después del incidente en el periódico *Mundo Hoy*, sugería que una oscura unidad militar había llevado a cabo una operación en el edificio que había resultado en más de 90 civiles muertos, todos antiguos empleados de las empresas de ese edificio. La disparatada teoría de conspiración fue ahogada al poco tiempo por el sentido común del público general y la autora fue encontrada en la cajuela de un sedán alemán blanco, descuartizada. Investigaciones posteriores indicaron que estaba involucrada con el narcotráfico.

Periódico *El Colorado*

ELEVADO ¡AL CIELO!

La vida de Sergio Acadio Martínez era una vida humilde. Se dedicaba a limpiar los escritorios de otros que tenían me-

jores trabajos que él, de otros que, gracias a la burocracia, se hacían ricos a costa suya y de otros como él. Barría bajo sus pies, enjuagaba sus sanitarios, todo por un modesto salario que su querida esposa Paty, ahora viuda, aprovechaba al máximo para poder alimentar a sus cuatro hijos hasta la quincena siguiente. Lo encontraron en un elevador. Los médicos forenses dijeron que murió de un paro cardiaco, quizá por exceso de trabajo. Al preguntársele sobre este caso, el Secretario de Trabajo, Salvador Aparicio Torres, comentó: “Estamos trabajando en un proyecto que proteja a empleados como Sergio Acadio, a los menos afortunados, a los que trabajan día a día para ofrecer una mejor vida a sus familias. La gente en este país trabaja demasiado, es algo que tiene que cambiar”. Sergio Acadio Martínez quería ascender, mejorar su nivel de vida, elevar el futuro de sus hijos. Pero este elevador, trágicamente, lo llevó al cielo.

Periódico *El Colorado*: Fe de erratas

En la nota **Elevado ¡Al cielo!**, se publicó que el nombre del empleado que falleció en un ascensor era Sergio Acadio Martínez. El nombre correcto es Simón Amadeo Machorro.

*

- Hoy tampoco llegó a trabajar.
- Pues ya, se la peló. ¡Rocío! Cancellale la nómina al Sergio Almudeno.
- Creo que se llamaba Sergio Amadeo, jefe.
- Sí, sí, como sea.

CINCO MODELOS PARA NUEVE ARTISTAS

No tengo ni idea de cómo lo consiguió Manuel, ni puta idea. Casi siempre tenemos un modelo para todos. Cuando tenemos. Una vez la mujer ésa no llegó y le dijimos a Miriam medio en serio medio en broma que se quitara la ropa y ya, que le pagábamos y todo. “¿Por doscientos pesos la hora? Estás pendejo.” Dos semanas después le vi las tetas gratis y me la cogí gratis también, pero para ella era un tema de dignidad. Le repetí la letanía de la belleza del cuerpo y dijo que si le pagaban se sentía puta. Ese día en mi casa ni dejó que yo pagara la pizza, pinche feminista. El caso es que ahora teníamos cinco modelos: un lujo inusitado. Cinco modelos para nueve artistas. “Yo no traigo varo”, dijo Charly, y Manuel le hizo señas para que se callara el hocico. Él había hecho el arreglo con el chofer y en vez de llevarlos a su visita de siempre los habían traído aquí. Sólo a los que servirían. De ellos, dos no tenían ni fuerzas para protestar, otros dos no entendían muy bien el asunto. Habrán creído que era una visita médica colectiva o algo por el estilo. Una mujer en silla de ruedas se dejó quitar el suéter viejo y la playera de algodón manchada de tres caldos diferentes sin decir ni pío. Qué carnes flácidas e increíbles. En cualquier parte de esos cuerpos era posible encontrar semejanzas a una vagina

o a un escroto aguado. Estalactitas de piel con movimiento como el del mar. Increíble. Priscila se escandalizó y nadie la tomó en serio porque escandalizarse era su onda. Soltó un discurso furioso y dijo que no iba a ser parte del asunto. Manuel le dijo que o era o ya no era parte de ningún asunto y como estábamos a punto de poner la expo colectiva, se tragó el veneno y sacó sus carbones. “Priscila”. Seguro la perra se llama María o Guadalupe o María Guadalupe, con la cara de india que tiene. Ella nunca se dejó ver nada, no por mí, al menos, pero Manuel tenía fama de tirarse a sus alumnas. El mentor y el alumno, etcétera.

Estaban la de la silla de ruedas, que debió ser una amargada a juzgar por la profundidad de las arrugas de su ceño fruncido, una viejita diminuta y encorvada vestida como enfermera de antaño y con un collar del que colgaba un camafeo (se lo dejamos por que nos recordó a la mujer de *Titanic* y nos moríamos de risa), el hombre de la andadera, que acabó sentado sobre una caja porque la andadera nos estorbaba y la aventamos por ahí, el gordillo sin pelo cuya boca se fruncía por reflejo cada dos segundos, y El Abuelo. No sé por qué acabamos diciéndole así. Creo que era un viejo genérico y cada quién le vio algo de sus propios viejos en alguna parte. Él sí que se daba cuenta. Él caminó hacia el patíbulo como una oveja furiosa y llena de dignidad, no esperó que le ayudáramos a quitarse el abrigo inglés, el pantalón de pinzas, el sombrero del Viejo Proverbial.

—Es por el bien del arte— le dijo Lola con cara de no estar muy convencida. Ella misma, minutos después, se mordía los labios para no carcajearse ante el dantesco espectáculo de todos aquellos miserables despojos expuestos ante nosotros, para nosotros.

El arte se benefició por un rato, eso sí. Yo, al menos, me di vuelo hundiéndome en los surcos de carne, en las miradas tan fijas que sabes que no ven el mismo mundo que tú, en los lunares mutantes con cabelleras propias. Charly delineaba alguna curva, arrancaba y lanzaba las hojas al aire en un verdadero frenesí de inspiración, queriendo captar la luz en un pezón viejo, en una oreja anormalmente crecida. Como si cada línea fuera una criatura voladora que se pudiera escapar; había que captarlas ahora y desarrollarlas luego, meterlas a la jaula y alimentarlas luego.

Isabel entornaba la mirada, se perdía en las tonalidades sepias y trataba de plasmar la podredumbre en su lienzo, embadurnándose los dedos de óleo. Sabiduría, le llamaba entre pincelada y pincelada, erudición de la vejez, o algo así como “Más sabe el viejo por viejo que por diablo” aplicado a la carne. Isabel nunca me había gustado pero así, con los dedos untuosos y lubricados, ah, con sus propias carnes bondadosas pero jóvenes escondidas debajo de esos vestidos de punto, agitándose y salpicando los terracota a sus pies, ah, con qué gusto la habría salpicado yo de mis tonos untuosos.

Lola seguía mordiéndose los labios, convirtiendo sus carcajadas en tos porque no reírse era su idea de respeto a sus mayores. Ella hacía figurines a lápiz, con millones de líneas delgadísimas que al principio no eran nada y al final eran poco más: una sombra grandilocuente. Para ella había demasiados colores y curvas y sus lápices se burlaban también, tratando de estilizar lo bruto y fracasando sin remordimientos. Si no tosía, canturreaba. Gaspar la callaba. Gaspar El Emo, que empezó en una esquina con su tinta china por-

que todo tenía que ser negro. Lloró un poco, se identificaba con lo horrendo y ahí había mucho de horrendo y de triste, pero su empatía no le quitaba ni artista ni lo inadaptado social y se acabó instalando a los pies de la mujer de la silla de ruedas, analizando su entrepierna con una fascinación que bordeaba la curiosidad científica. Al final en su libreta había tres líneas, pero eran tres líneas importantes.

Los trazos sonaban como lluvia, la bodega olía a sudor y a zapatos viejos y estábamos ebrios y exhilarantes. Manuel incluso movió a los viejos, acomodándoles los brazos, las cabezas o los pies para enseñarnos nuevas perspectivas, mientras el gordillo fruncía los labios, la viejita diminuta se hacía más pequeña ante nuestros ojos y El Abuelo sostenía la mirada de quien se atreviese —nadie— y se erguía apoyado en su bastón, con la piel de su vientre colgante pero sin grasa de sobra, con las uñas de manos y pies arregladas, con el sombrero a sus pies. Charly en algún momento se lo puso y gritó: “¡Un Magritte, un Magritte!” y todos nos reímos a carcajadas. Menos Gaspar, que tiene prohibido reírse de cualquier cosa. Los juntamos, los sentamos unos sobre otros, les pusimos el sombrero, a los que tenían pelo los despeinamos. La corbata del Abuelo acabó entre las tetas infinitas de la gruñona, la andadera sirvió de poste para que Miriam bailara como una desnudista, el gordillo tuvo pelo por primera vez: pelo de óleos color terracota. Alucinante. Si aquello no era un bacanal artístico, no sé qué podría serlo. El Abuelo buscó arruinarlo más de una vez, pero sus juicios de viejo silencioso no le pudieron a nadie.

Como todo lo bueno, tenía que acabar. El teléfono de Manuel sonó y había que devolverlos. El chofer llegaba

en diez minutos. Qué demonios, tenían que haberse divertido también: un día menos de estar observando cómo de lejos viene La Muerte caminando sin prisa para llevárselos. Habían formado parte de algo importante: algunos de nosotros seremos grandes artistas y ellos ya no tenían nada mejor que hacer. Que perder. Qué demonios. Tal vez todos deberíamos pegarnos un tiro. Tal vez no. Quisiera decir que pasó porque “éramos demasiado jóvenes”, pero la verdad es que pasó porque ellos eran demasiado viejos. El mundo ya no les pertenece.

MUCHACHA DE CONFIANZA

TESTIMONIOS DE UN TRIPLE SECUESTRO REVELADOS EN LA EMISIÓN DEL 20 DE MAYO DEL PROGRAMA TELEVISIVO “LA BUENA SAMARITANA”, NARRADOS A MODO DE OBRA DE TEATRO EN UN ACTO

PERSONAJES

- **MAURA ORASTEGA**, “la conductora”: Mujer de 40 años, atractiva, con intervenciones quirúrgicas evidentes.
- **ANA MARÍA DE LA HUERTA**, “la madre”: Mujer de 30 años, rubia de tez blanca, delgada, de aspecto tímido e inofensivo.
- **ANDRÉS DE LA HUERTA**, “el padre”: Hombre de 35 de aspecto imponente, alto, musculoso, bronceado.
- **CONSUELO HERNÁNDEZ**, “la sirvienta” alias “la secuestradora”: Mujer de 20 años de baja estatura.
- **MANUEL SÁNCHEZ**, “el taxista” alias “el secuestrador”: Hombre de 25 años, estatura mediana, tez morena, bigote negro prominente y aspecto tímido.
- **CUATRO CAMARÓGRAFOS**
- **“LAS EDECANES”**: Cuatro mujeres de 20 a 22 años muy atractivas y sonrientes, vestidas con leotardos rojos de cuerpo completo.

Relatos de impunidad

- **AURORA Y ALBA DE LA HUERTA**, “las niñas”: Hijas de Ana María y Andrés, la primera tiene siete años y la segunda cinco. Se parecen a su madre.
- **EL BEBÉ**, Diego: El hijo más pequeño de Ana María y Andrés. Para el momento de la entrevista, tiene once meses de edad.
- **“LA AUDIENCIA”**

ÚNICO ACTO

(Set de televisión del programa de MAURA ORASTEGA, llamado “La Buena Samaritana”. La conductora, vestida sobriamente, recibe los últimos retoques de la encargada de maquillaje. Sostiene una hoja de papel en la mano. Los camarógrafos ajustan las lentes de sus cámaras y se sitúan en sus posiciones designadas. LA AUDIENCIA mira atentamente a LAS EDECANES, que sostienen sobre sus cabezas sendos letreros plásticos que leen “Silencio”. MAURA cruza la pierna derecha y practica una expresión seria.

CAMARÓGRAFO 1: Cinco, cuatro, tres *(con la mano sobre su cabeza, muestra dos dedos y después uno solo)*.

MAURA: Muy buenos días a todos y bienvenidos a éste, su programa “La Buena Samaritana”. Ésta es una ocasión muy especial, ya que tendremos la oportunidad de conversar con una pareja que está viviendo en carne propia una experiencia a la que todos los mexicanos tememos *(adopta una actitud grave y solemne)*: el secuestro de un ser querido. Quédense con nosotros para conocer el desenlace de esta trágica historia *(sonríe ampliamente)*. Con un aplauso démosle la bienvenida a ¡Ana María y Andrés de-la-Huerta!

(LAS EDECANES muestran a LA AUDIENCIA el letrado que dice "Aplausos" y LA AUDIENCIA responde adecuadamente. Luces amarillas y rojas iluminan las cortinas posteriores, que se abren para dar paso a los invitados. ANA MARÍA luce un conjunto de falda y saco color salmón, ANDRÉS está vestido con un traje gris ajustado y corbata. Saludan al público inclinando la cabeza y toman asiento en uno de los dos sillones, frente a MAURA. LAS EDECANES levantan el cartel de "Silencio".)

MAURA: Bienvenidos. Es un honor que nos acompañen.

ANA MARÍA: Para nosotros es muy valioso poder compartir nuestra vivencia, Maura.

(ANDRÉS y ANA MARÍA se toman de la mano afectuosamente).

MAURA *(hablando hacia las cámaras):* Como nuestro público sabe, en "La Buena Samaritana" creemos que no hay un solo lado de la historia sino...

(LAS EDECANES muestran un cartel que lee "Dos, dos lados a una historia").

LA AUDIENCIA: ¡Dos, dos lados a una historia!

MAURA: Así es. De modo que pongámonos de pie para recibir a nuestros invitados sorpresa...

(ANA MARÍA y ANDRÉS se miran, desconcertados, y después se ponen de pie para voltear hacia las cortinas posteriores. CONSUELO y MANUEL entran al set. Él tiene aspecto nervioso, ella

Relatos de impunidad

sonríe. Sus dientes son demasiado blancos, evidentemente blanqueados artificialmente. Luce un escandaloso vestido con un motivo tropical bordado en lentejuelas sobre su vientre hinchado con un embarazo de cinco meses. MANUEL lleva un traje café que le va demasiado grande. CONSUELO agita la mano para saludar al público. LAS EDECANES alzan el letrero que dice “Murmillos”. LA AUDIENCIA murmura. ANA MARÍA y ANDRÉS tienen los ojos muy abiertos, ella se cubre la boca con ambas manos. ANDRÉS le acaricia los hombros para calmarla. CONSUELO y MANUEL se acercan y ANA MARÍA retrocede).

MAURA: A ver, aquí todos somos muy civilizados, ¿no? Un saludito, Ana María, no te cuesta nada.

(ANDRÉS susurra al oído de ANA MARÍA, que está roja de rabia. CONSUELO tiende la mano y al no recibir respuesta voltea hacia LA AUDIENCIA con un puchero. LAS EDECANES levantan el letrero que solicita a LA AUDIENCIA exclamar lastimeramente “Ahh”).

MAURA (cubriendo el micrófono con la mano): Les recuerdo que ambos firmaron un contrato.

ANDRÉS (en voz baja y sin soltar a ANA MARÍA): Bueno, pero no sabíamos que ellos eran los invitados...

MAURA (con el micrófono cubierto, molesta): No querrán pasar por una demanda de la televisora por incumplimiento de contrato. Eso puede ser muy pero muy caro.

(ANDRÉS y ANA MARÍA niegan con la cabeza, mirando el suelo. ANA MARÍA respira profundamente y levanta la mirada, sonriendo.)

MAURA (*descubre el micrófono y sonrío a las cámaras*): ¡Muy bien! Ustedes ya se conocen, claro, pero para nuestros amigos en casa que no reconozcan a nuestros invitados, ellos son ¡Consuelo Hernández y Manuel Sánchez!

(*Las dos parejas intercambian saludos cordiales. LAS EDECANES indican aplaudir.*)

CONSUELO: Gracias. Pero ora ya somos Consuelo y Manuel Hernández. (*Estira la mano y muestra a las cámaras un anillo de matrimonio.*)

MAURA: ¡Enhorabuena! ¿Y el nene para cuándo?

CONSUELO: Octubre, dicen.

MAURA: ¡Un aplauso para los recién casados!

(*LA AUDIENCIA aplaude. ANA MARÍA Y ANDRÉS simulan aplaudir pero no juntan las palmas de sus manos.*)

MAURA: Consuelo: lograr un secuestro no debe ser fácil. Además (*revisa la hoja de papel*) el secuestro no fue de una persona, ¡sino de tres! Los tres hijos de Ana María y Andrés.

CONSUELO: Y si viera lo insoportables que son, más lástima me tendría.

(*LAS EDECANES muestran el cartel que dice "Risas". ANA MARÍA asiente tímidamente.*)

MAURA (*A ANDRÉS*): ¿Es cierto? ¿Los niños de la Huerta son muy malcriados?

ANDRÉS: Tengo que decir que sí. Es culpa de su madre.

(Risas de LA AUDIENCIA. ANA MARÍA le da una palmada en el muslo a su esposo, a modo de cariñoso regaño.)

CONSUELO: Y el Señor también, que siempre quiere todo muy limpiecito y planchadito.

(ANDRÉS se encoge de hombros y ANA MARÍA sonríe como diciendo "no lo niegues, mi amor, es cierto".)

MAURA: Volvamos al tema. Entonces, Consuelo, dos niñas menores de 10 años y un bebé de ocho meses. ¿Cómo planeaste eso?

CONSUELO: La verdá que no lo tenía planeado. Cosa de que pasó, así nomás.

MAURA: Pero tú llevabas *(revisa la hoja)* tres años trabajando con la Señora Ana María. ¿Te trataba bien?

CONSUELO: Pos...

(ANA MARÍA abre mucho los ojos y mira a CONSUELO, sorprendida y a la expectativa.)

CONSUELO: La verdá es que sí. En mi trabajo pasado la señora de allá me pegó un día, quesque le robaba. La Señora Ana María la verdá es que sí me trataba bien. Yo tenía una prima por la cuadra y me dejaba salir en las tardes si ya había acabado el planchado. No se enojaba casi nunca y me regaló un montón de ropa casi nueva. Todos los sábados comíamos pastel de La Marquesa y unas tres veces me llevaron a Acapulco y conocí el mar y comí mariscos y agarré

conchitas... Pero las señoritas sí son remalcriadas, luego dejan todo tirado y una tiene que recoger. Y luego que quieren esto y lo otro... cuando llegó el bebé todo más difícil. Que no paraba de llorar todo el santo día, y las niñas grite y grite más que antes todavía, y mucha lavandería que hacer.

MAURA: Pero ¿esas fueron las razones? ¿Estabas enojada por el trabajo duro?

CONSUELO: Pos... no fue por venganza. Un día se me ocurrió y ya.

MAURA: Pero sabías que era ilegal, ¿o no?

CONSUELO: Me latía que sí, pero había oído al Señor y a la Señora hablando, y el Señor decía que era raro que no todo mundo se dedicara a secuestrar, pues era dinero fácil y no había ninguna consecuencia. ¡Si en México los policías son los más ladrones! Entons se me hizo buena idea. El Manuel había chocado el taxi y tenía que pagar la reparación y me dijo que por eso no nos íbamos a poder casar. Yo ya había emocionado a todos en el pueblo con que me iba a casar y que iba a haber gran fiesta. Y luego me sale con que ni boda ni fiesta ni nada de nada.

MAURA: (*Revisa la hoja*) Además, según entiendo, acababas de enterarte de que estabas embarazada.

CONSUELO: ¡Ah sí! (*Se lleva las manos al vientre*) Llevaba como un mes vomitando y sin dormir y con una calor... y ese bebé no se callaba, el bebé Diego. Lo peor fue que fue de primera vez. Yo no era la típica chacha que de bruta se embaraza del primer baboso. El Manuel y yo nos conocíamos de hace años, es amigo de un primo mío. Y me hice la difícil, nomás lo traía siempre caliente pa' que se decidiera a casarse conmigo. Si no soy nada tonta. Mi prima Rosario me

Relatos de impunidad

contó que la Espe se arrejuntó con su novio que era albañil y que al principio todo sí miamor, no miamor y que luego hasta sus ranazos le metía. No es lo mismo ser la señora de la casa. Por eso me hice la difícil.

MANUEL: *(En un susurro)* Muy difícil...

MAURA: ¿Qué dices, Manuel? Nadie te oyó.

CONSUELO: Dice que me hice la demasiado difícil.

(LAS EDECANES demandan "Risas". MAURA ríe a carcajadas y aplaude. ANA MARÍA y ANDRÉS sonríen por compromiso.)

CONSUELO: Y en una fiesta de pueblo me dieron un ponche fuerte fuerte, y pos...

MAURA: No sigas, hay niños en nuestra audiencia. Así que te embarazaste a la primera. ¡Manuel tiene su potencia! ¡Un aplauso!

(Aplausos. MANUEL se sonroja y agradece con las manos.)

MAURA: Entonces, embarazada, y sin boda. Y el taxi de tu novio chocado. Una situación difícil. No es de extrañar que se te ocurriera ese plan. Cuéntanos cómo fue la noche que al fin te decidiste.

CONSUELO: Los señores se habían ido a una reunión y dijeron que llegaban tarde. Le dije a Manuel que viniera a visitar. Si los señores se iban hasta tarde, Manuel venía. Y yo pensé que al fin ya estaba embarazada, qué más iba a pasar. Al principio él no quería y no quería pero me lo convencí. Su primo le prestó el carro y cuando vino me agarré a las niñas y al bebé Diego y me los subí al carro y le dije que nos fuéramos pa' su cuartito.

MAURA: ¿Dónde vivías, Manuel?

CONSUELO: (*No lo deja responder*) En un cuartito en el pueblo de atrás del Gualmar. Y quería que yo me fuera a vivir con él. ¡Imagínese! Si con la Señora vivo en Las Lomas, como de todo y hasta tengo mi propia televisión.

MAURA: Y un mejor seguro médico que la mayoría de los mexicanos, ¿no? Si le pasa algo a la muchacha de confianza lo más seguro es que la lleven al Hospital Ángeles de las Lomas, ¿cierto, Ana María?

ANA MARÍA: Pues sí. Una muchacha de confianza es difícil de encontrar. Hay que tratarlas bien.

MAURA: ¡Ah sí! Con las nuevas da una pereza... volverles a enseñar todo, y que le aprendan el estilo a una... Luego la típica que no llega el lunes. San Lunes. Sí, ya sé. En fin. No se puede vivir con ellas y no se puede vivir sin ellas. (*Voltea a las cámaras*) Estoy segura de que nuestras amigas en casa están de acuerdo.

CONSUELO: (*Visiblemente molesta, interrumpe*) El caso es que yo al cuartito no me pensaba ir nunca, pero con lo del casamiento me convenció un poco más. Esa noche me cargué a todos los niños en el carro del primo de Manuel y nos fuimos pa'l cuartito.

MAURA: Y tú, Manuel, ¿estabas de acuerdo?

CONSUELO: ¡Claro que estaba!

MAURA: Dejemos que Manuel responda, Consuelo. Oye, ¿te puedo decir Concha?

CONSUELO: Cómo no.

MAURA: Bueno. Dinos, Manuel, ¿estabas de acuerdo?

MANUEL: Pos a mí nadie me preguntó... y ya vieron el carácter que tiene la Conchita...

MAURA: Entonces ¿te dio miedo decirle que no? Huy, Manuel, ¿quién tiene los pantalones?

(LAS EDECANES levantan el letrero que dice "Buu". LA AUDIENCIA abuchea a MANUEL.)

MANUEL: *(Alterado, moviéndose en su silla y sudando)* Yo sabía que podíamos acabar en la cárcel. Se lo dije. En unos meses iba a poder pagar el taxi con lo de los pasajes y luego planeaba comprar otro y otro... y me la iba a llevar a una casa grande y nos íbamos a casar con fiesta y todo. Si yo soy un caballero. Pregúntele cuándo me pongo pedo y si le pido las cosas de mala manera. Hasta su celular ya le compré, quesque la Señora se enojaba si le hablaba tarde en la noche a la casa. Pero necia necia, no se quiso esperar a que arrancara mi negocio. Y que conste que yo del chamaco no sabía nada.

CONSUELO: Pos ni que fuera qué... ya se sabe que los hombres siempre desaparecen cuando la barriga aparece.

MANUEL: *(A CONSUELO)* Pues yo no. *(Regresa con MAURA)* Yo jamás la hubiera dejado con m'hijo. Se subió al coche y ya nos íbamos pa' mi casa.

CONSUELO: *(En tono burlón)* "Casa" ...

MANUEL: Bueno, pues al "cuartito" como ella le llama. En el camino le pregunté qué estaba haciendo. Ya nos voy a sacar de todos nuestros problemas, me dijo. Y los niños, le pregunté. Los secuestramos. Pero estás loca o qué. Vamos a pedir mucho dinero y se acabaron nuestros problemas, tú cállate. Y me callé, qué otra. Además la vi tan decidida que pensé que igual y no era tan mala idea. Llegamos a la casa

y el bebé se despertó y empezó a llorar. Las dos niñas se acostaron directo en mi cama y prendieron la tele. (*Imitando un tono infantil y gesticulando con las manos*) “¡No hay este canal, ni este otro, quiero leche de chocolate, Conchita eso Conchita lo otro!” Y la Concha con el bebé que no se calmaba y pues ese cuarto estaba bien para dos, pero no para toda la familia.

CONSUELO: Y que abro la pañalera, porque me la llevé, que no soy nada tonta, y busco una mamila con leche y no hay.

MAURA (*ANA MARÍA en tono de regaño*): ¿Ya ves? Siempre hay que tener una mamila preparada por si acaso. Una nunca sabe.

MANUEL: Total me fui a la tiendita a buscar una mamila y leche y las niñas le gritaban a Concha que querían Churrumais. (*Imitando la voz autoritaria de CONSUELO*) “¡Y tráete unos Churrumais para las niñas!” La verdad queirme me cayó de perlas, me iba a volver loco.

CONSUELO: Y claro, me deja sola con todo el paquete. (*A MANUEL*) Más te vale que no me hagas lo mismo con tu chamaco. (*De vuelta con MAURA*) Las niñas empezaron a brincar en la cama y yo “bájense, dejen de brincar”, pero...

MAURA: Claro, no están acostumbradas a seguir órdenes de la sirvienta. Y el bebé seguía llorando, me imagino.

CONSUELO: ¡Con todas sus fuerzas! Lo dejé en la cama y me escapé al baño. Salgo y casi tiran al bebé con los brincos. Ahí sí les grité que ya estaba bueno, chingá. Y que la niña medianita va y se encierra en el baño y me grita que me va a acusar con la Señora. Yo de la pura costumbre, me puse retenerviosa (*MAURA sonrío, comprensiva*). Agarré al niño y

ya se había hecho. Saqué un pañal pero la mera verdad es que nunca había cambiado uno. Ahí me acordé que iba a ser mamá y me puse más nerviosa. Abro el pañal y estaba hecho caca. Le juro que casi gomito. Volteé pa' todos lados y vi un rollo de papel de ése de cocina. Le empiezo a limpiar, le quito el pañal, le pongo el nuevo abajo y estoy dándole la última limpieza cuando el condenado se me empieza a mear encima.

(LAS EDECANES indican reír. ANA MARÍA se cubre la boca mientras ríe discretamente.)

CONSUELO: “No, no, cochino”, le grité, pero seguía llorando y no escuchó nada. Y las niñas: “Concha, quiero leche de chocolate”. Pos agárrale de la cocina. No hay. Pos no hay, ni modo. Tomen otra cosa. Te voy a acusar con mi mamá.

MAURA: Así que fue una buena manera de practicar la maternidad, ¿no, Concha? ¡Pobrecita!

CONSUELO: Pos... Y en eso llegó Manuel con bolsas del súper. Sacó los Churrumais y se los dio a la niña. “¡Ya no quiero! ¡Quiero leche de chocolate!” Los tiró al piso y la bolsa se abrió y todos los churritos regados. Como si hicieran falta cucarachas...

MANUEL: ¡En mi casa nunca han habido cucarachas!

MAURA (ANDRÉS y ANA MARÍA): Mientras tanto, ustedes quitados de la pena, en su reunión.

ANDRÉS: Al principio sí, pero un par de horas después llamamos, como es natural dada la edad de nuestro hijo pequeño. Al no recibir respuesta nos angustiamos y dejamos de disfrutar del encuentro con nuestros viejos amigos. Nos disculpamos y salimos hacia la casa de inmediato.

MAURA: Por supuesto, por supuesto... (*se pone la mano sobre el corazón*) ¡Qué susto!

ANDRÉS: Imagínese cuando entramos a la casa y no hay nadie. Pensamos lo peor.

ANA MARÍA: Claro que nunca nos imaginamos que Consuelo había planeado todo. Yo creí que la habían secuestrado también. Llamamos a la policía, pero bueno... sabíamos que ellos no iban a resolver nuestro problema. Siempre recordaré ese día como el peor de mi vida. Uno no sabe lo que es el amor hasta que tiene hijos, da el alma por ellos. Que desaparecieran me hizo sentir rabia contra todo. Era una gran injusticia, y el dolor y la desesperación, la impotencia de una madre...

MAURA (*interrumpiendo*): Bueno, pero no se me ponga trágica. ¡Si apenas son las doce del día! Mejor que nos cuente tu esposo (*volviéndose hacia ANDRÉS*), a ver si es más ligerito.

ANDRÉS: Bueno... pues sí, Ana María se estaba volviendo loca. Llamamos al médico de cabecera y nos recomendó un calmante.

(*CONSUELO mueve su dedo índice en círculos junto a su cabeza, queriendo decir que ANA MARÍA está loca. Se oyen algunas carcajadas de LA AUDIENCIA.*)

ANDRÉS (*continúa sin percatarse*): Esperamos la llamada de los secuestradores, pero pasó una semana y no llegaba. Ana no dejaba de llorar y gritar y yo intentaba ser fuerte, pero estábamos perdiendo las esperanzas. Sólo después de una semana se nos ocurrió que podía ser Consuelo. Fuimos a buscar a su prima, la que vivía en la cuadra, y nos dijo que

no sabía nada de ella tampoco. Parecía asustada, así que le creímos.

CONSUELO: Yo no le dije nada a nadie, si no luego todos iban a querer una tajada.

MAURA: Claro. Y después de todo ese trabajo duro...

CONSUELO: Esa semana ni me acordé de pedir el dinero porque no descansé ni un minuto. Las niñas me traían de acá pa'llá todo el día y el Manuel chambeaba todo el día. El bebé lloraba casi todo el tiempo y había que tenerlo cargado. ¡La de lana que nos gastamos en pañales! Al fin el sábado en la noche, cuando las niñas ya estaban dormidas y el bebé también, aprovechamos para llamar al Señor y la Señora. (*Imitando a Manuel*) "¿Cuánto les pedimos? ¿Cien mil?" Va, le dije, pero por cada uno. Y si vieran los ojotes que puso... "Es mucho, Conchita". Ni les va a doler, le dije. Con la casa que tienen, y los coches, y la escuela a la que van las niñas, y la ropa que se compran. Total, que les llamamos y les pedimos trescientos. Y ahí viene la parte chistosa... ¡No tenían lana! Al principio no les creímos, pero la Señora se puso a llorar en el teléfono. "¡Conchita, Conchita, no tenemos ese dinero!" Y ahí me explicó que estaban viviendo de prestado, que el Señor había cerrado la fábrica hacía un año y no conseguía chamba, que la casa no era suya y estaban vendiendo la camioneta de la Señora...

MAURA: A ver, déjenme ver si entiendo... ¿Resultó que los ricos no tenían ni un peso para pagar el rescate de sus tres hijos? ¡Qué mal!

(*LAS EDECANES alzan el cartel que dice "Buu" y LA AUDIENCIA obedece. ANA MARÍA Y ANDRÉS se toman de la mano y ven el suelo, avergonzados.*)

ANDRÉS: Estamos pasando por una mala racha.

ANA MARÍA: Si no hubieras dejado tu trabajo en la Agencia...

ANDRÉS: ¡Odiaba ese trabajo! ¡Me estaba destrozando la vida! ¡Mi jefe era un lunático desquiciado! (*Voltea para explicarle a MAURA*) Salía diario a las doce o una de la madrugada, trabajaba los sábados y a veces los domingos, nunca veía a mis hijas... ¡Ni siquiera me acuerdo de haberte embarazado de Diego! ¿A qué horas?

ANA MARÍA: ¿Qué estás implicando?

MAURA: A ver, señores, volvamos al tema. Entonces no tenían cómo pagar el rescate. Y tú (*a CONSUELO*) cuidando a los tres niños.

CONSUELO: ¡Y de a gratis! Peor que de a gratis. ¡Nos estaba saliendo carísimo! Entre la comida y los pañales y tuvimos que comprar unas cobijas para dormir en el piso...

MAURA: ¿Quién dormía en el piso?

MANUEL (*furioso*): ¡Quién iba a ser! ¡Si las princesas no iban a bajarse de la cama, claro que no! Al tercer día el dolor de espalda me estaba matando.

ANA MARÍA (*apenada*): Están acostumbradas a su cama... Nunca han dormido en el piso...

MAURA: ¿Y entonces qué pasó?

(*LAS EDECANES levantan el cartel que dice "Sí, ¿qué pasó?"*.)

LA AUDIENCIA: Sí, ¿qué pasó?

ANA MARÍA: Conchita se puso a llorar en el teléfono también. "Y ahora qué hacemos, señora". Se quejaba de lo malcriadas que eran mis hijas y de que mi niño no paraba de

llorar y que ya estaba agotada. Pues dime dónde estás y voy por ellos, por favor, le rogué. Al menos ya sabía que estaban bien.

MANUEL: Y ahí fue que de plano me puse los pantalones con la Conchita, que casi se raja.

MAURA: ¡Finalmente! ¡Bien hecho, Manuel!

(“Aplausos” y “Bravo”, sugieren LAS EDECANES.)

MANUEL (*poniéndose de pie*): ¡Ya estaba bueno! ¿Todo eso para nada? ¡Ah no! Además la muy canija me dice lo del chamaco un día antes y empiezo a pensar en los gastos... ¡Ah no! Le cuelgas, dije, le arrebaté el celular y colgué la llamada. Sus patrones iban a conseguir el dinero, seguro que lo iban a conseguir.

(ANA MARÍA se vuelve hacia ANDRÉS y esconde el rostro en su pecho. ANDRÉS la abraza y acaricia su cabello. Ella tiembla a causa del llanto.)

MAURA (*Hacia LA AUDIENCIA, en tono triste*): Pero no fue así. Los de la Huerta no tuvieron manera de conseguir el dinero, y aquí están. No han visto a sus hijos hace tres meses. Pero hoy, “La Buena Samaritana” les tiene una gran sorpresa.

(Las cortinas posteriores son iluminadas con luces rojas y amarillas. LAS EDECANES piden “Silencio”. LA AUDIENCIA contiene la respiración. Un redoble de batería aumenta la tensión. Se abren las cortinas y entran ALBA y AURORA DE LA HUERTA, vestidas a juego, y una de LAS EDECANES con EL

Lorena Amkie

BEBÉ en brazos. ANA MARÍA grita de emoción y sale corriendo a encontrarse con sus hijas. ANDRÉS se enjuga las lágrimas. CONSUELO Y MANUEL permanecen sentados, mirando las cámaras. LA AUDIENCIA aplaude entusiasmada.)

MAURA: ¡Aquí los tienen! ¡Los revoltosos niños de la Huerta!

(AURORA Y ALBA toman turnos abrazando a sus padres.)

MAURA: Andrés... Ana María... si pueden regresar a sus lugares, por favor. Tenemos algo que decirles.

(ANA MARÍA tiembla de emoción. Toma a EL BEBÉ de brazos de LA EDECÁN y le indica a AURORA que se siente sobre su regazo. ANDRÉS toma su lugar junto a ella y ALBA brinca sobre sus piernas.)

MAURA: Qué bonita familia. Pero... ¿no se nos olvida un detalle?

(ANA MARÍA y ANDRÉS intercambian miradas, llenos de ansiedad. Abrazan a sus hijas con fuerza.)

MAURA: Está el asunto del pago.

(LAS EDECANES sugieren a LA AUDIENCIA decir "Ahh" tristemente. ANDRÉS niega con la cabeza, lleno de frustración. ANA MARÍA rompe a llorar, desesperada, y se lleva las manos a la cabeza. Comienza a jalarse el pelo y lanza algunos mechones al suelo.)

Relatos de impunidad

MAURA: Pero, ¡Ana María! ¡Tranquila! Aquí en “La Buena Samaritana” vemos los dos lados de la historia. Por eso queremos decirles que esta televisora ha decidido donar el cincuenta por ciento del monto de su rescate. Éste será entregado a Concha y Manuel al terminar este programa. Pero a ellos les pondría muy triste que ustedes insistieran en presentar cargos. Además, todo acabó bien, ¿no? Nadie salió lastimado. ¿Qué dicen, Ana María, Andrés?

(Aferrados a sus hijas, ANA MARÍA y ANDRÉS asienten con la cabeza, aceptando no presentar cargos.)

MAURA: ¡Excelente! Hoy saldrán de aquí llevando de la mano a su hija mayor.

ANA MARÍA *(con la voz ahogada):* Pero... ¿y mis otros hijos?

MAURA: Pero Ana, ¡tú lo quieres todo! Consuelo y Manuel aceptaron entregarlos intactos en cuanto ustedes completen el otro cincuenta por ciento. Uno debe agradecer por lo que sí tiene.

(Entra una de LAS EDECANES con una carpeta en una mano y una pluma en la otra. Muestra ambos objetos a la cámara, sonriente. Se los entrega a ANDRÉS y le arrebató EL BEBÉ a ANA MARÍA, que se lleva las manos al corazón con una expresión de dolor sobrehumano.)

MAURA: Al firmar este contrato, se comprometerán a pagar el monto fijado, y a no presentar cargos. Al porcentaje del cincuenta por ciento se agregarán, claro, los gastos en que incurran los Hernández por cuidar de sus hijos el tiem-

po que sea necesario: transporte, alimentos, ropa, etcétera. ¿Por qué tan tristes? Van a juntar el dinero pronto, ¿no? ¡Por qué no los animamos con un gran aplauso!

(Aplausos emotivos de LA AUDIENCIA. Al no ver alternativa, ANA MARÍA y ANDRÉS firman el contrato. Dos edecanes entran y se llevan a ALBA. La niña comienza a patear y gritar. ANA MARÍA llora y grita, estira los brazos para tocar a sus hijos, que ya están fuera de vista. La música de fondo sube de volumen.)

MAURA: Muchas gracias al matrimonio de la Huerta. Estamos seguros de que la familia estará reunida pronto. A los Hernández sólo nos queda desearles suerte en el resto del embarazo y en el parto. Y, ¿quién sabe? Tal vez en unos años Consuelo vuelva a trabajar con la señora Ana María. Trescientos mil pesos no son muchos, y después de todo, es muy difícil encontrar una muchacha de confianza, ¿o no? Por hoy nos despedimos, con otro final feliz, en su programa, "La Buena Samaritana".

(Aplausos.)

(Se cierra el telón.)

Lorena Amkie

Aprendió a escribir a los cinco años de edad y a los siete ganó su primer concurso de poesía con la obra “Mario el Corsario”. Hasta muy recientemente, creía que ella había inventado la palabra corsario. A los nueve años editó tres números de la revista familiar Yupi, que contó sólo con dos suscriptores y después desapareció. A los trece años decidió escribir su Obra Maestra: un romance situado en la Primera Guerra Mundial, pues, como ella misma decía, “la Segunda está muy trillada”. Después de una profunda investigación y 60 cuartillas escritas a mano y en tinta morada, abandonó el ambicioso proyecto para beneficio suyo y del mundo literario. Durante su adolescencia se sentaba en un rincón del patio a leer mientras las demás niñas conversaban. Por esta y otras razones nunca fue muy popular, cosa de la que siempre se preció muchísimo. Cursó la carrera de Comunicación con un color de cabello diferente por semestre y un arillo de metal en el labio que causó congoja entre sus allegados, que hasta el momento la habían considerado extraña, pero “una buena niña”, en esencia. Su lado oscuro siguió creciendo y se expresó a través de su gusto por los chicos malos, así como de escritos cargados de humor negro, violencia y una eterna, si bien torturada, búsqueda por el amor verdadero. Adora sufrir y lamentarse tanto de sus fracasos como de sus logros.

Escritora inevitable, para bien y para mal, mexicana. Su única descendencia es Chuleta, una perrita criolla, y sus sufridos personajes, que la maldicen por su crueldad. Amante de las manualidades, de la comida, de los perros, de los libros y, más específicamente, de las letras. *Gothic Soul. El retorno de Maya* es la esperada continuación de su primera novela, *Gothic Doll* (2010), historia con la que comienza la trilogía gótica que ha cautivado a miles de lectores en el mundo de habla hispana.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de marzo del año 2015.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.